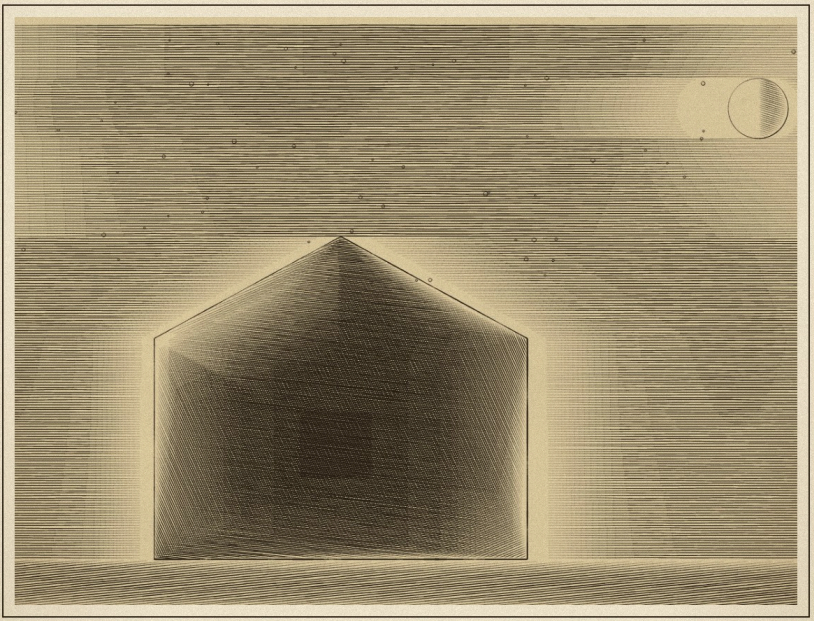
LA VIDA ES SUEÑO

Pedro Calderón de la Barca



La lámpara encendida

MMXXVI

La vida es sueño

Pedro Calderón de la Barca

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: texto de Calderón de la Barca (publicado en 1636).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Personas

Jornada primera

Jornada segunda

Jornada tercera

Personas

Rosaura, dama; Segismundo, príncipe; Clotaldo, viejo; Estrella, infanta; Clarín, gracioso; Basilio, rey de Polonia; Astolfo, infante; guardias; soldados; músicos.

Jornada primera

En las montañas de Polonia.

Salen en lo alto de un monte Rosaura, en hábito de hombre, de camino, y en representado los primeros versos va bajando.

Rosaura: Hipogrifo violento que corriste parejas con el viento, ¿dónde, rayo sin llama, pájaro sin matiz, pez sin escama, y bruto sin instinto natural, al confuso laberinto de esas desnudas peñas te desbocas, te arrastras y despeñas?

Quédate en este monte, donde tengan los brutos su Faetonte; que yo, sin más camino que el que me dan las leyes del destino, ciega y desesperada bajaré la cabeza enmarañada de este monte eminente, que arruga al sol el ceño de su frente.

Mal, Polonia, recibes a un extranjero, pues con sangre escribes su entrada en tus arenas, y apenas llega, cuando llega a penas; bien mi suerte lo dice; mas ¿dónde halló piedad un infelice?

Sale Clarín, gracioso.

Clarín: Di dos, y no me dejes en la posada a mí cuando te quejes; que si dos hemos sido los que de nuestra patria hemos salido a probar aventuras, dos los que entre desdichas y locuras aquí habemos llegado, y dos los que del monte hemos rodado, ¿no es razón que yo sienta meterme en el pesar, y no en la cuenta?

Rosaura: No quise darte parte en mis quejas, Clarín, por no quitarte, llorando tu desvelo, el derecho que tienes al consuelo. Que tanto gusto había en quejarse, un filósofo decía, que, a trueco de quejarse, habían las desdichas de buscarse.

Clarín: El filósofo era un borracho barbón; ¡oh, quién le diera más de mil bofetadas! Quejárase después de muy bien dadas. Mas ¿qué haremos, señora, a pie, solos, perdidos y a esta hora en un desierto monte, cuando se parte el sol a otro horizonte?

Rosaura: ¡Quién ha visto sucesos tan extraños! Mas si la vista no padece engaños que hace la fantasía, a la medrosa luz que aun tiene el día, me parece que veo un edificio.

Clarín: O miente mi deseo, o termino las señas.

Rosaura: Rústico nace entre desnudas peñas un palacio tan breve que el sol apenas a mirar se atreve; con tan rudo artificio la arquitectura está de su edificio, que parece, a las plantas de tantas rocas y de peñas tantas que al sol tocan la lumbre, peñasco que ha rodado de la cumbre.

Clarín: Vámonos acercando; que éste es mucho mirar, señora, cuando es mejor que la gente que habita en ella, generosamente nos admita.

Rosaura: La puerta -mejor diré funesta boca- abierta está, y desde su centro nace la noche, pues la engendra dentro. Suena ruido de cadenas

Clarín: ¿Qué es lo que escucho, cielo!

Rosaura: Inmóvil bulto soy de fuego y hielo.

Clarín: ¿Cadenita hay que suena? Mátenme, si no es galeote en pena. Bien mi temor lo dice.

Dentro Segismundo.

Segismundo: ¡Ay, mísero de mí, y ay infelice!

Rosaura: ¡Qué triste voz escucho! Con nuevas penas y tormentos lucho.

Clarín: Yo con nuevos temores.

Rosaura: Clarín...

Clarín: ¿Señora...?

Rosaura: Huyamos los rigores de esta encantada torre.

Clarín: Yo aún no tengo ánimo de huír, cuando a eso vengo.

Rosaura: ¿No es breve luz aquella caduca exhalación, pálida estrella, que en trémulos desmayos pulsando ardores y latiendo rayos, hace más tenebrosa la obscura habitación con luz dudosa?

Sí, pues a sus reflejos puedo determinar, aunque de lejos, una prisión obscura; que es de un vivo cadáver sepultura; y porque más me asombre, en el traje de fiera yace un hombre de prisiones cargado y sólo de la luz acompañado. Pues huír no podemos, desde aquí sus desdichas escuchemos. Sepamos lo que dice.

Descúbrese Segismundo con una cadena y la luz vestido de pieles.

Segismundo: ¡Ay mísero de mí, y ay infelice! Apurar, cielos, pretendo, ya que me tratáis así, qué delito cometí contra vosotros naciendo. Aunque si nací, ya entiendo qué delito he cometido; bastante causa ha tenido vuestra justicia y rigor, pues el delito mayor del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber para apurar mis desvelos -dejando a una parte, cielos, el delito del nacer-, ¿qué más os pude ofender, para castigarme más? ¿No nacieron los demás? Pues si los demás nacieron, ¿qué privilegios tuvieron que no yo gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas que le dan belleza suma, apenas es flor de pluma, o ramillete con alas, cuando las etéreas salas corta con velocidad, negándose a la piedad del nido que dejan en calma; ¿y teniendo yo más alma, tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel que dibujan manchas bellas, apenas signo es de estrellas -gracias al docto pincel-, cuando, atrevido y

cruel, la humana necesidad le enseña a tener crueldad, monstruo de su laberinto; ¿y yo, con mejor instinto, tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira, aborto de ovas y lamas, y apenas bajel de escamas sobre las ondas se mira, cuando a todas partes gira, midiendo la inmensidad de tanta capacidad como le da el centro frío; ¿y yo, con más albedrío, tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra que entre flores se desata, y apenas sierpe de plata, entre las flores se quiebra, cuando músico celebra de las flores la piedad que le dan la majestad del campo abierto a su huída; ¿y teniendo yo más vida, tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión, un volcán, un Etna hecho, quisiera sacar del pecho pedazos del corazón. ¿Qué ley, justicia o razón negar a los hombres sabe privilegios tan süave excepción tan principal, que Dios le ha dado a un cristal, a un pez, a un bruto y a un ave?

Rosaura: Temor y piedad en mí sus razones han causado.

Segismundo: ¿Quién mis voces ha escuchado? ¿Es Clotaldo?

Clarín: Di que sí.

Rosaura: No es sino un triste, ¡ay de mí!, que en estas bóvedas frías oyó tus melancolías.

Segismundo: Pues la muerte te daré porque no sepas que sé que sabes flaquezas mías. Sólo porque me has oído, entre mis membrudos brazos te tengo de hacer pedazos.

Clarín: Yo soy sordo, y no he podido escucharte.

Rosaura: Si has nacido humano, baste el postrarme a tus pies para librarme.

Segismundo: Tu voz pudo enternecerme, tu presencia suspenderme, y tu respeto turbarme. ¿Quién eres?

Que aunque yo aquí tan poco del mundo sé, que cuna y sepulcro fue esta torre para mí; y aunque desde que nací -si esto es nacer- sólo advierto eres rústico desierto donde miserable vivo, siendo un esqueleto vivo, siendo un animado muerto.

Y aunque nunca vi ni hablé sino a un hombre solamente que aquí mis desdichas siente, por quien las noticias sé del cielo y tierra; y aunque aquí, por que más te asombres y monstruo humano me nombres, entre asombros y quimeras, soy un hombre de las fieras y una fiera de los hombres.

Y aunque en desdichas tan graves, la política he estudiado, de los brutos enseñado, advertido de las aves, y de los astros süaves los círculos he medido, tú sólo, tú has suspendido la pasión a mis enojos, la suspensión a mis ojos, la admiración al oído.

Con cada vez que te veo nueva admiración me das, y cuando te miro más, aun más mirarte deseo. Ojos hidrópicos creo que mis ojos deben ser; pues cuando es muerte el beber, beben más, y de esta suerte, viendo que el ver me da muerte, estoy muriendo por ver.

Pero véate yo y muera; que no sé, rendido ya, si el verte muerte me da, el no verte ¿qué me diera? Fuera más que muerte fiera, ira, rabia y dolor fuerte fuera vida. De esta suerte su rigor he ponderado, pues dar vida a un desdichado es dar a un dichoso muerte.

Rosaura: Con asombro de mirarte, con admiración de oírte, ni sé qué pueda decirte, ni qué pueda preguntarte; sólo diré que a esta parte hoy el cielo me ha guiado para haberme consolado, si consuelo puede ser del que es desdichado, ver a otro que es más desdichado.

Cuentan de un sabio que un día tan pobre y mísero estaba, que sólo se sustentaba de unas yerbas que comía. ¿Habrá otro -entre sí decía- más pobre y triste que yo? Y cuando el rostro volvió, halló la respuesta, viendo que iba otro sabio cogiendo las hojas que él arrojó.

Quejoso de la fortuna yo en este mundo vivía, y cuando entre mí decía: ¿Habrá otra persona alguna de suerte más importuna?, piadoso me has respondido; pues volviendo en mi sentido, hallo que las penas mías, para hacerlas tú alegrías las hubieras recogido.

Y por si acaso mis penas pueden aliviarte en parte, óyelas atento, y toma las que de ellas no sobraren. Yo soy...

Dentro Clotaldo.

Clotaldo: Guardas de esta torre, que, dormidas o cobardes, disteis paso a dos personas que han quebrantado la cárcel...

Rosaura: Nueva confusión padezco.

Segismundo: Éste es Clotaldo, mi alcalde. ¿Aun no acaban mis desdichas?

Clotaldo: Acudid, y vigilantes, sin que puedan defenderse, o prendedles o matadles.

Todos: ¡Traición!

Clarín: Guardas de esta torre, que entrar aquí nos dejasteis, pues que nos dais a escoger, el prendernos es más fácil.

Sale Clotaldo con pistola y soldados, todos con los rostros cubiertos.

Clotaldo: Todos os cubrid los rostros; que es diligencia importante mientras estamos aquí que no nos conozca nadie.

Clarín: ¿Enmascaraditos hay?

Clotaldo: ¡Oh vosotros que, ignorantes de aqueste vedado sitio, coto y término pasasteis contra el decreto del rey, que manda que no ose nadie examinar el prodigio que entre estos peñascos yace!

Rendid las armas y vidas, o aquesta pistola, áspid de metal, escupirá el veneno penetrante de dos balas, cuyo fuego será escándalo

del aire.

Segismundo: Primero, tirano dueño, que los ofendas y agravies, será mi vida despojo de estos lazos miserables; pues en ellos, ¡vive Dios!, tengo de despedazarme con las manos, con los dientes, entre aquestas peñas, antes que su desdicha consienta y que llore sus ultrajes.

Clotaldo: Si sabes que tus desdichas, Segismundo, son tan grandes, que antes de nacer moriste por ley del cielo; si sabes que aquestas prisiones son de tus furias arrogantes un freno que las detenga y una rienda que las pare, ¿por qué blasonas? La puerta cerrad de esa estrecha cárcel; escondedle en ella.

Ciérranle la puerta, y dice dentro

Segismundo: ¡Ah, cielos, qué bien hacéis en quitarme la libertad; porque fuera contra vosotros gigante, que para quebrar al sol esos vidrios y cristales, sobre cimientos de piedra pusiera montes de jaspe!

Clotaldo: Quizá porque no los pongas, hoy padeces tantos males.

Rosaura: Ya que vi que la soberbia te ofendió tanto, ignorante fuera en no pedirte humilde vida que a tus plantas yace. Muévate en mí la piedad; que será rigor notable, que no hallen favor en ti ni soberbias ni humildades.

Clarín: Y si Humildad y Soberbia no te obligan, personajes que han movido y removido mil autos sacramentales, yo, ni humilde ni soberbio, sino entre las dos mitades entreverado, te pido que nos remedies y ampares.

Clotaldo: ¡Hola!

Soldados: Señor...

Clotaldo: A los dos quitad las armas, y atadles los ojos, porque no vean cómo ni de dónde salen.

Rosaura: Mi espada es ésta, que a ti solamente ha de entregarse, porque, al fin, de todos eres el principal, y no sabe rendirse a menos valor.

Clarín: La mía es tal, que puede darse al más ruín. Tomadla vos.

Rosaura: Y si he de morir, dejarte quiero, en fe de esta piedad, prenda que pudo estimarse por el dueño que algún día se la ciñó; que la guardes te encargo, porque aunque yo no sé qué secreto alcance, sé que esta dorada espada encierra misterios grandes, pues sólo fiado en ella vengo a Polonia a vengarme de un agravio.

Clotaldo: ¡Santos cielos! ¿Qué es esto? Ya son más graves mis penas y confusiones, mis ansias y mis pesares. ¿Quién te la dio?

Rosaura: Una mujer.

Clotaldo: ¿Cómo se llama?

Rosaura: Que calle su nombre es fuerza.

Clotaldo: ¿De qué infieres agora, o sabes, que hay secreto en esta espada?

Rosaura: Quien me la dio, dijo: "Parte a Polonia, y solicita con ingenio, estudio o arte, que te vean esa espada los nobles y principales; que yo sé que alguno de ellos te favorezca y ampare;" que, por si acaso era muerto, no quiso entonces nombrarle.

Clotaldo: ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho? Aún no sé determinarme si tales sucesos son ilusiones o verdades. Esta espada es la que yo dejé a la hermosa Violante, por señas que el que ceñida la trujera había de hallarme amoroso como hijo y piadoso como padre.

¿Pues qué he de hacer, ¡ay de mí!, en confusión semejante, si quien la trae por favor, para su muerte la trae, pues que sentenciado a muerte llega a mis pies? ¡Qué notable confusión! ¡Qué triste hado! ¡Qué suerte tan inconstante!

Éste es mi hijo, y las señas dicen bien con las señales del corazón, que por verle llama al pecho y en él bate las alas, y no pudiendo romper los candados, hace lo que aquel que está encerrado, y oyendo ruido en la calle se arroja por la ventana, y él así, como no sabe lo que pasa, y oye el ruido, va a los ojos a asomarse, que son ventanas del pecho por donde en lágrimas sale.

¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo! ¿Qué he de hacer? Porque llevarle al rey, es llevarle, ¡ay triste!, a morir. Pues ocultarle al rey, no puedo, conforme a la ley del homenaje. De una parte el amor propio, y la lealtad de otra parte me rinden. Pero ¿qué dudo?

La lealtad del rey, ¿no es antes que la vida y que el honor? Pues ella vida y él falte. Fuera de que, si agora atiendo a que dijo que a vengarse viene de un agravio, hombre que está agraviado es infame. No es mi hijo, no es mi hijo, ni tiene mi noble sangre.

Pero si ya ha sucedido un peligro, de quien nadie se libró, porque el honor es de materia tan frágil que con una acción se quiebra, o se mancha con un aire, ¿qué más puede hacer, qué más el que es noble, de su parte, que a costa de tantos riesgos haber venido a buscarle?

Mi hijo es, mi sangre tiene, pues tiene valor tan grande; y así, entre una y otra duda el medio más importante es irme al rey y decirle que es mi hijo que le mate.

Quizá la misma piedad de mi honor podrá obligarle; y si le merezco vivo, yo le ayudaré a vengarse de su agravio, mas si el rey, en sus rigores constante, le da muerte, morirá sin saber que soy su padre.

Venid conmigo, extranjeros, no temáis, no, de que os falte compañía en las desdichas; pues en duda semejante de vivir o de morir no sé cuáles son más grandes.

Vanse todos.

En el palacio real.

Sale por una puerta Astolfo con acompañamiento de soldados, y por otra Estrella con damas. Suena música.

Astolfo: Bien al ver los excelentes rayos, que fueron cometas, mezclan salvas diferentes las cajas y las trompetas, los pájaros y las fuentes; siendo con música igual, y con maravilla suma, a tu vista celestial unos, clarines de pluma, y otras, aves de metal; y así os saludan, señora, como a su reina las balas, los pájaros como a Aurora, las trompetas como a Palas y las flores como a Flora; porque sois, burlando el día que ya la noche destierra, Aurora, en el alegría, Flora en paz, Palas en guerra, y reina en el alma mía.

Estrella: Si la voz se ha de medir con las acciones humanas, mal habéis hecho en decir finezas tan cortesanas, donde os pueda desmentir todo ese marcial trofeo con quien ya atrevida lucho; pues no dicen, según creo, las lisonjas que os escucho, con los rigores que veo.

Y advertid que es baja acción, que sólo a una fiera toca, madre de engaño y traición, el halagar con la boca y matar con la intención.

Astolfo: Muy mal informado estáis, Estrella, pues que la fe de mis finezas dudáis, y os suplico que me oigáis la causa, a ver si la sé. Falleció Eustorgio Tercero, rey de Polonia; quedó Basilio por heredero, y dos hijas, de quien yo y vos nacimos.

No quiero cansar con lo que no tiene lugar aquí, Clorilene, vuestra madre y mi señora, que en mejor imperio agora dosel de luceros tiene, fue la mayor, de quien vos sois hija; fue la segunda, madre y tía de los dos, la gallarda Recisunda, que guarde mil años Dios; casó en Moscovia; de quien nací yo.

Volver agora al otro principio es bien. Basilio, que ya, señora, se rinde al común desdén del tiempo, más inclinado a los estudios que

dado a mujeres, enviudó sin hijos, y vos y yo aspiramos a este estado.

Vos alegáis que habéis sido hija de hermana mayor; yo, que varón he nacido, y aunque de hermana menor, os debo ser preferido. Vuestra intención y la mía a nuestro tío contamos; él respondió que quería componernos, y aplazarnos este puesto y este día.

Con esta intención salí de Moscovia y de su tierra; con ésta llegué hasta aquí, en vez de haceros yo guerra a que me la hagáis a mí.

¡Oh!, quiera Amor, sabio dios, que el vulgo, astrólogo cierto, hoy lo sea con los dos, y que pare este concierto en que seáis reina vos, pero reina en mi albedrío. Dándoos, para más honor, su corona nuestro tío, sus triunfos vuestro valor y su imperio el amor mío.

Estrella: A tan cortés bizarría menos mi pecho no muestra, pues la imperial monarquía, para sólo hacerla vuestra me holgara que fuese mía; aunque no está satisfecho mi amor de que sois ingrato, si en cuanto decís sospecho que os desmiente ese retrato que está pendiente del pecho.

Astolfo: Satisfaceros intento con él... Mas lugar no da tanto sonoro instrumento, que avisa que sale ya el rey con su parlamento.

Tocan y sale el rey Basilio, viejo y acompañamiento.

Estrella: Sabio Tales...

Astolfo: Docto Euclides...

Estrella: ...que entre signos...

Astolfo: ...que entre estrellas...

Estrella: ...hoy gobiernas...

Astolfo: ...hoy resides...

Estrella: ...y sus caminos...

Astolfo: ...sus huellas...

Estrella: ...describes...

Astolfo: ...tasas y mides...

Estrella: ...deja que en humildes lazos...

Astolfo: ...deja que en tiernos abrazos...

Estrella: ...hiedra de ese tronco sea.

Astolfo: ...rendido a tus pies me vea.

Basilio: Sobrinos, dadme los brazos, y creed, pues que leales a mi precepto amoroso venís con afectos tales, que a nadie deje quejoso y los dos quedéis iguales; y así, cuando me confieso rendido al prolijo peso, sólo os pido en la ocasión silencio, que admiración ha de pedirla el suceso.

Ya sabéis –estadme atentos, amados sobrinos míos, corte ilustre de Polonia, vasallos, deudos y amigos—, ya sabéis que yo en el mundo por mi ciencia he merecido el sobrenombre de docto, pues, contra el tiempo y olvido, los pinceles de Timantes, los mármoles de Lisipo, en el ámbito del orbe me aclaman el gran Basilio.

Ya sabéis que son las ciencias que más curso y más estimo, matemáticas sutiles, por quien al tiempo le quito, por quien a la fama rompo la jurisdicción y oficio de enseñar más cada día; pues, cuando en mis tablas miro presentes las novedades de los venideros siglos, le gano al tiempo las gracias de contar lo que yo he dicho.

Esos círculos de nieve, esos doseles de vidrio que el sol ilumina a rayos, que parte la luna a giros; esos orbes de diamantes, esos globos cristalinos que las estrellas adornan y que campean los signos, son el estudio mayor de mis años, son los libros donde en papel de diamante, en cuadernos de zafiros, escribe con líneas de oro, en caracteres distintos, el cielo nuestros sucesos ya adversos o ya benignos.

Éstos leo tan veloz, que con mi espíritu sigo sus rápidos movimientos por rumbos o por caminos.

¡Pluguiera al cielo, primero que mi ingenio hubiera sido de sus márgenes comento y de sus hojas registro, hubiera sido mi vida el primero desperdicio de sus iras, y que en ellas mi tragedia hubiera sido; porque de los infelices aun el mérito es cuchillo, que a quien le daña el saber homicida es de sí mismo!

Dígalo yo, aunque mejor lo dirán sucesos míos, para cuya admiración otra vez silencio os pido. En Clorilene, mi esposa, tuve un infelice hijo, en cuyo parto los cielos se agotaron de prodigios.

Antes que a la luz hermosa le diese el sepulcro vivo de un vientre -porque el nacer y el morir son parecidos-, su madre infinitas veces, entre ideas y delirios del sueño, vio que rompía sus entrañas, atrevido, un monstruo en forma de hombre, y entre su sangre teñido, le daba muerte, naciendo víbora humana del siglo.

Llegó de su parto el día, y los presagios cumplidos -porque tarde o nunca son mentirosos los impíos-, nació en horóscopo tal, que el sol, en su sangre tinto, entraba sañudamente con la luna en desafío; y siendo valla la tierra, los dos faroles divinos a luz entera luchaban, ya que no a brazo partido.

El mayor, el más horrendo eclipse que ha padecido el sol, después que con sangre lloró la muerte de Cristo, éste fue, porque anegado el orbe entre incendios vivos, presumió que padecía el último parosismo; los cielos se escurecieron, temblaron los edificios, llovieron piedras las nubes, corrieron sangre los ríos.

En este mísero, en este mortal planeta o signo, nació Segismundo, dando de su condición indicios, pues dio la muerte a su madre, con cuya fiereza dijo:

"Hombre soy, pues que ya empiezo a pagar mal beneficios." Yo, acudiendo a mis estudios, en ellos y en todo miro que Segismundo sería el hombre más atrevido, el príncipe más crüel y el monarca más impío, por quien su reino vendría a ser parcial y diviso, escuela de las traiciones y academia de los vicios; y él, de su furor llevado, entre asombros y delitos, había de poner en mí las plantas, y yo, rendido, a sus pies me había de ver -¡con qué congoja lo digo!- siendo alfombra de sus plantas las canas del rostro mío.

¿Quién no da crédito al daño, y más al daño que ha visto en su estudio, donde hace el amor propio su oficio?

Pues dando crédito yo a los hados, que adivinos me pronosticaban daños en fatales vaticinios, determiné de encerrar la fiera que había nacido, por ver si el sabio tenía en las estrellas dominio.

Publicóse que el infante nació muerto, y prevenido hice labrar una torre entre las peñas y riscos de esos montes, donde apenas la luz ha hallado camino, por defenderle la entrada sus rústicos obeliscos.

Las graves penas y leyes, que con públicos editos declararon que ninguno entrase a un vedado sitio del monte, se ocasionaron de las causas que os he dicho. Allí Segismundo vive mísero, pobre y cautivo, adonde sólo Clotaldo le ha hablado, tratado y visto.

Éste le ha enseñado ciencias; éste en la ley le ha instruído católica, siendo solo de sus miserias testigo. Aquí hay tres cosas:

La una que yo, Polonia, os estimo tanto, que os quiero librar de la opresión y servicio de un rey tirano, porque no fuera señor benigno el que a su patria y su imperio pusiera en tanto peligro.

La otra es considerar que si a mi sangre le quito el derecho que le dieron humano fuero y divino, no es cristiana caridad; pues ninguna ley ha dicho que por reservar yo a otro de tirano y de atrevido, pueda

yo serlo, supuesto que si es tirano mi hijo, porque él delito no haga, vengo yo a hacer los delitos.

Es la última y tercera el ver cuánto yerro ha sido dar crédito fácilmente a los sucesos previstos; pues aunque su inclinación le dicte sus precipicios, quizá no le vencerán, porque el hado más esquivo, la inclinación más violenta, el planeta más impío, sólo el albedrío inclinan, no fuerzan el albedrío.

Y así, entre una y otra causa vacilante y discursivo, previne un remedio tal, que os suspenda los sentidos.

Yo he de ponerle mañana, sin que él sepa que es mi hijo y rey vuestro, a Segismundo, que aqueste su nombre ha sido, en mi dosel, en mi silla, y en fin, en el lugar mío, donde os gobierne y os mande, y donde todos rendidos la obediencia le juréis; pues con aquesto consigo tres cosas, con que respondo a las otras tres que he dicho.

Es la primera, que siendo prudente, cuerdo y benigno, desmintiendo en todo al hado que de él tantas cosas dijo, gozaréis el natural príncipe vuestro, que ha sido cortesano de unos montes y de sus fieras vecino.

Es la segunda, que si él, soberbio, osado, atrevido y cruel, con rienda suelta corre el campo de sus vicios, habré yo, piadoso, entonces con mi obligación cumplido; y luego en desposeerle haré como rey invicto, siendo el volverle a la cárcel no crueldad, sino castigo.

Es la tercera, que siendo el príncipe como os digo, por lo que os amo, vasallos, os daré reyes más dignos de la corona y el cetro; pues serán mis dos sobrinos que junto en uno el derecho de los dos, y convenidos con la fe del matrimonio, tendrá lo que han merecido.

Esto como rey os mando, esto como padre os pido, esto como sabio os ruego, esto como anciano os digo; y si el Séneca español, que era

humilde esclavo, dijo, de su república un rey, como esclavo os lo suplico.

Astolfo: Si a mí responder me toca, como el que, en efecto, ha sido aquí el más interesado, en nombre de todos digo, que Segismundo parezca, pues le basta ser tu hijo.

Todos: Danos al príncipe nuestro, que ya por rey le pedimos.

Basilio: Vasallos, esa fineza os agradezco y estimo. Acompañad a sus cuartos a los dos atlantes míos, que mañana le veréis.

Todos: ¡Viva el grande rey Basilio!

Vanse todos. Antes que se va el rey Basilio, sale Clotaldo, Rosaura, Clarín, y detiénese el rey.

Clotaldo: ¿Podréte hablar?

Basilio: ¡Oh, Clotaldo!, tú seas muy bien venido.

Clotaldo: Aunque viniendo a tus plantas es fuerza el haberlo sido, esta vez rompe, señor, el hado triste y esquivo el privilegio a la ley y a la costumbre el estilo.

Basilio: ¿Qué tienes?

Clotaldo: Una desdicha, señor, que me ha sucedido, cuando pudiera tenerla por el mayor regocijo.

Basilio: Prosigue.

Clotaldo: Este bello joven, osado o inadvertido, entró en la torre, señor, adonde al príncipe ha visto, y es...

Basilio: No te aflijas, Clotaldo; si otro día hubiera sido, confieso que lo sintiera; pero ya el secreto he dicho, y no importa que él los sepa, supuesto que yo lo digo.

Vedme después, porque tengo muchas cosas que advertiros y muchas que hagáis por mí; que habéis de ser, os aviso, instrumento del

mayor suceso que el mundo ha visto; y a esos presos, porque al fin no presumáis que castigo descuidos vuestros, perdono.

Vase el rey Basilio.

Clotaldo: ¡Vivas, gran señor, mil siglos! (Mejoró el cielo la suerte. Ya no diré que es mi hijo, pues que lo puedo excusar). Extranjeros peregrinos, libres estáis.

Rosaura: Tus pies beso mil veces.

Clarín: Y yo los piso, que una letra más o menos no reparan dos amigos.

Rosaura: La vida, señor, me has dado; y pues a tu cuenta vivo, eternamente seré esclavo tuyo.

Clotaldo: No ha sido vida la que yo te he dado; porque un hombre bien nacido, si está agraviado, no vive; y supuesto que has venido a vengarte de un agravio, según tú propio me has dicho, no te he dado vida yo, porque tú no la has traído; que vida infame no es vida. (Bien con aquesto le animo).

Rosaura: Confieso que no la tengo, aunque de ti la recibo; pero yo con la venganza dejaré mi honor tan limpio, que pueda mi vida luego, atropellando peligros, parecer dádiva tuya.

Clotaldo: Toma el acero bruñido que trujiste; que yo sé que él baste, en sangre teñido de tu enemigo, a vengarte; porque acero que fue mío -digo este instante, este rato que en mi poder le he tenido-, sabrá vengarte.

Rosaura: En tu nombre segunda vez me le ciño. Y en él juro mi venganza, aunque fuese mi enemigo más poderoso.

Clotaldo: ¿Eslo mucho?

Rosaura: Tanto, que no te lo digo, no porque de tu prudencia mayores cosas no fío, sino porque no se vuelva contra mí el favor que

admiro en tu piedad.

Clotaldo: Antes fuera ganarme a mí con decirlo; pues fuera cerrarme el paso de ayudar a tu enemigo. (¡Oh, si supiera quién es!)

Rosaura: Porque no pienses que estimo tan poco esa confianza, sabe que el contrario ha sido no menos que Astolfo, duque de Moscovia.

Clotaldo: (Mal resisto el dolor, porque es más grave, que fue imaginado, visto. Apuremos más el caso). Si moscovita has nacido, el que es natural señor, mal agraviarte ha podido; vuélvete a tu patria, pues, y deja el ardiente brío que te despeña.

Rosaura: Yo sé que aunque mi príncipe ha sido pudo agraviarme.

Clotaldo: No pudo, aunque pusiera, atrevido, la mano en tu rostro. (¡Ay, cielos!)

Rosaura: Mayor fue el agravio mío.

Clotaldo: Dilo ya, pues que no puedes decir más que yo imagino.

Rosaura: Sí dijera; mas no sé con qué respeto te miro, con qué afecto te venero, con qué estimación te asisto, que no me atrevo a decirte que es este exterior vestido enigma, pues no es de quien parece.

Juzga advertido, si no soy lo que parezco y Astolfo a casarse vino con Estrella, si podrá agraviarme. Harto te he dicho.

Vanse Rosaura y Clarín.

Clotaldo: ¡Escucha, aguarda, detente! ¿Qué confuso laberinto es éste, donde no puede hallar la razón el hilo?

Mi honor es el agraviado, poderoso el enemigo, yo vasallo, ella mujer; descubra el cielo camino; aunque no sé si podrá, cuando, en tan confuso abismo, es todo el cielo un presagio, y es todo el mundo un prodigio.

Vase Clotaldo.

Jornada segunda

En el palacio real.

Salen el rey Basilio y Clotaldo.

Clotaldo: Todo, como lo mandaste, queda efectuado.

Basilio: Cuenta, Clotaldo, cómo pasó.

Clotaldo: Fue, señor, de esta manera: con la apacible bebida que de confecciones llena hacer mandaste, mezclando la virtud de algunas hierbas, cuyo tirano poder y cuya secreta fuerza así el humano discurso priva, roba y enajena, que deja vivo cadáver a un hombre, y cuya violencia, adormecido, le quita los sentidos y potencias...

No tenemos que argüir que aquesto posible sea, pues tantas veces, señor, nos ha dicho la experiencia, y es cierto, que de secretos naturales, está llena la medicina, y no hay animal, planta ni piedra que no tenga calidad determinada, y si llega a examinar mil venenos la humana malicia nuestra que den la muerte, ¿qué mucho que, templada su violencia, pues hay venenos que maten, haya venenos que aduerman?

Dejando aparte el dudar, si es posible que suceda, pues que ya queda probado con razones y evidencias...

Con la bebida, en efeto, que el opio, la adormidera y el beleño, compusieron, bajé a la cárcel estrecha de Segismundo; con él hablé un rato de las letras humanas, que le ha enseñado la muda naturaleza de los montes y los cielos, en cuya divina escuela la retórica aprendió de las aves y las fieras.

Para levantarle más el espíritu a la empresa que solicitas, tomé por asunto la presteza de una águila caudalosa, que despreciando la es-

fera del viento, pasaba a ser, en las regiones supremas del fuego, rayo de pluma, o desasido cometa. Encarecí el vuelo altivo diciendo:

"Al fin eres reina de las aves, y así, a todas es justo que te prefieras." Él no hubo menester más; que en tocando esta materia de la majestad, discurre con ambición y soberbia; porque, en efecto, la sangre le incita, mueve y alienta a cosas grandes, y dijo:

"¡Que en la república inquieta de las aves también haya quien les jure la obediencia!

En llegado a este discurso, mis desdichas me consuelan; pues, por lo menos, si estoy sujeto, lo estoy por fuerza; porque voluntariamente a otro hombre no me rindiera." Viéndole ya enfurecido con esto, que ha sido el tema de su dolor, le brindé con la pócima, y apenas pasó desde el vaso al pecho el licor, cuando las fuerzas rindió al sueño, discurriendo por los miembros y las venas un sudor frío, de modo que, a no saber yo que era muerte fingida, dudara de su vida.

En esto llegan las gentes de quien tú fías el valor de esta experiencia, y poniéndole en un coche, hasta tu cuarto le llevan, donde prevenida estaba la majestad y grandeza que es digna de su persona.

Allí en tu cama le acuestan, donde al tiempo que el letargo haya perdido la fuerza, como a ti mismo, señor, le sirvan, que así lo ordenas.

Y si haberte obedecido te obliga a que yo merezca galardón, sólo te pido -perdona mi inadvertencia- que me digas, ¿qué es tu intento, trayendo de esta manera a Segismundo a palacio?

Basilio: Clotaldo, muy justa es esa duda que tienes, y quiero sólo a vos satisfacerla.

A Segismundo, mi hijo, el influjo de su estrella, -vos lo sabéis-, amenaza mil desdichas y tragedias; quiero examinar si el cielo -que no es posible que mienta, y más habiéndonos dado de su rigor tantas

muestras, en su cruel condición- o se mitiga, o se templa por lo menos, y, vencido, con valor y con prudencia se desdice; porque el hombre predomina en las estrellas.

Esto quiero examinar, trayéndole donde sepa que es mi hijo, y donde haga de su talento la prueba. Si magnánimo se vence, reinará; pero si muestra el ser cruel y tirano, le volveré a su cadena. Agora preguntarás, que para aquesta experiencia, ¿qué importó haberle traído dormido de esta manera?

Y quiero satisfacerte, dándote a todo respuesta. Si él supiera que es mi hijo hoy, y mañana se viera segunda vez reducido a su prisión y miseria, cierto es de su condición que desesperara en ella; porque, sabiendo quién es, ¿qué consuelo habrá que tenga?

Y así he querido dejar abierta al daño esta puerta del decir que fue soñado cuanto vio.

Con esto llegan a examinarse dos cosas; su condición, la primera; pues él despierto procede en cuanto imagina y piensa; y en consuelo, la segunda, pues, aunque agora se vea obedecido, y después a sus prisiones se vuelva, podrá entender que soñó, y hará bien cuando lo entienda; porque en el mundo, Clotaldo, todos los que viven sueñan.

Clotaldo: Razones no me faltaran para probar que no aciertas; mas ya no tiene remedio; y, según dicen las señas, parece que ha despertado y hacia nosotros se acerca.

Basilio: Yo me quiero retirar; tú, como ayo suyo, llega, y de tantas confusiones como su discurso cercan, le saca con la verdad.

Clotaldo: ¿En fin, que me das licencia para que lo diga?

Basilio: Sí; que podrá ser, con saberla, que, conocido el peligro, más fácilmente se venza.

Vase el rey Basilio y sale Clarín.

Clarín: (A costa de cuatro palos, que el llegar aquí me cuesta, de un alabardero rubio que barbó de su librea, tengo de ver cuanto pasa; que no hay ventana más cierta que aquella que, sin rogar a un ministro de boletas, un hombre se trae consigo; pues para todas las fiestas, despojado y despejado se asoma a su desvergüenza).

Clotaldo: (Éste es Clarín, el criado de aquélla, ¡ay cielos!, de aquélla que, tratante de desdichas, pasó a Polonia mi afrenta). Clarín, ¿qué hay de nuevo?

Clarín: Hay, señor, que tu gran clemencia, dispuesta a vengar agravios de Rosaura, la aconseja que tome su propio traje.

Clotaldo: Y es bien, por que no parezca liviandad.

Clarín: Hay, que mudando su nombre, y tomando, cuerda, nombre de sobrina tuya, hoy tanto honor se acrecienta, que dama en palacio ya de la singular Estrella vive.

Clotaldo: Es bien que de una vez tome su honor por mi cuenta.

Clarín: Hay, que ella se está esperando que ocasión y tiempo venga en que vuelvas por su honor.

Clotaldo: Prevención segura es ésa; que, al fin, el tiempo ha de ser quien haga esas diligencias.

Clarín: Hay, que ella está regalada, servida como una reina, en fe de sobrina tuya.

Y hay, que viniendo con ella, estoy yo muriendo de hambre y nadie de mí se acuerda, sin mirar que soy Clarín, y que si el tal Clarín suena, podrá decir cuanto pasa al rey, a Astolfo y a Estrella; porque Clarín y criado son dos cosas que se llevan con el secreto muy mal; y podrá ser, si me deja el silencio de su mano, se cante por mí esta letra:

"Clarín que rompe el albor, no suena mejor."

Clotaldo: Tu queja está bien fundada; yo satisfaré tu queja, y en tanto, sírveme a mí.

Clarín: Pues ya Segismundo llega.

Salen músicos cantando, y criados dando de vestir a Segismundo, que sale como asombrado.

Segismundo: ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo? ¡Válgame el cielo! ¿Qué miro? Con poco espanto lo admiro, con mucha duda lo creo. ¿Yo en palacios suntuosos? ¿Yo entre telas y brocados? ¿Yo cercado de criados tan lucidos y briosos? ¿Yo despertar de dormir en lecho tan excelente?

¿Yo en medio de tanta gente que me sirva de vestir? ¡Decir que es sueño es engaño! Bien sé que despierto estoy. ¿Yo Segismundo no soy? Dadme, cielos, desengaño. Decidme, ¿qué pudo ser esto que a mi fantasía sucedió mientras dormía, que aquí me he llegado a ver?

Pero sea lo que fuere, ¿Quién me mete en discurrir? Dejarme quiero servir, y venga lo que viniere.

Criado segundo: ¡Qué melancólico está!

Criado primero: ¿Pues a quién le sucediera esto, que no lo estuviera?

Clarín: A mí.

Criado segundo: Llega a hablarle ya.

Criado primero: ¿Volverán a cantar?

Segismundo: No. No quiero que canten más.

Criado segundo: Como tan suspenso estás, quise divertirte.

Segismundo: Yo no tengo de divertir con sus voces mis pesares; las músicas militares sólo he gustado de oír.

Clotaldo: Vuestra alteza, gran señor, me dé su mano a besar, que el primero le ha de dar esta obediencia mi honor.

Segismundo: (Clotaldo es. Pues, ¿cómo así quien en prisión me maltrata, con tal respeto me trata? ¿Qué es lo que pasa por mí?)

Clotaldo: Con la grande confusión que el nuevo estado te da, mil dudas padecerá el discurso y la razón; pero ya librarte quiero de todas, si puede ser, porque has, señor, de saber que eres príncipe heredero de Polonia.

Si has estado retirado y escondido, por obedecer ha sido a la inclemencia del hado, que mil tragedias consiente a este imperio, cuando en él el soberano laurel corone tu augusta frente.

Mas, fiando a tu atención que vencerás las estrellas, porque es posible vencellas a un magnánimo varón, a palacio te han traído de la torre en que vivías, mientras al sueño tenías el espíritu rendido. Tu padre, el rey mi señor, vendrá a verte, y de él sabrás, Segismundo, lo demás.

Segismundo: Pues, vil, infame, traidor, ¿qué tengo más que saber, después de saber quien soy, para mostrar desde hoy mi soberbia y mi poder? ¿Cómo a tu patria le has hecho tal traición, que me ocultaste a mí pues que me negaste, contra razón y derecho, este estado?

Clotaldo: ¡Ay de mí, triste!

Segismundo: Traidor fuiste con la ley, lisonjero con el rey, y cruel conmigo fuiste. Y así el rey, la ley y yo, entre desdichas tan fieras, te condenan a que mueras a mis manos.

Criado segundo: ¡Señor!...

Segismundo: No me estorbe nadie, que es vana diligencia. ¡Y vive Dios! Si os ponéis delante vos, que os eche por la ventana.

Criado primero: Huye Clotaldo.

Clotaldo: ¡Ay de ti, que soberbia vas mostrando sin saber que están soñando!

Vase Clotaldo.

Criado segundo: Advierte...

Segismundo: Apartad de aquí.

Criado segundo: ...que a su rey obedeció.

Segismundo: En lo que no es justa ley no ha de obedecer al rey; y su príncipe era yo.

Criado segundo: Él no debió examinar si era bien hecho o mal hecho.

Segismundo: Que estáis mal con vos sospecho, pues me dais que replicar.

Clarín: Dice el príncipe muy bien, y vos hicisteis muy mal.

Criado primero: ¿Quién os dio licencia igual?

Clarín: Yo me la he tomado.

Segismundo: ¿Quién eres tú, di?

Clarín: Entremetido. Y de este oficio soy jefe, porque soy el mequetrefe mayor que se ha conocido.

Segismundo: Tú sólo en tan nuevos mundos me has agradado.

Clarín: Señor, soy un grande agradador de todos los Segismundos.

Sale Astolfo.

Astolfo: ¡Feliz mil veces el día, oh príncipe, que os mostráis sol de Polonia, y llenáis de resplandor y alegría todos estos horizontes con tan divino arrebol; pues que salís como el sol de debajo de los montes! Salid, pues, y aunque tan tarde se corona vuestra frente del laurel resplandeciente, tarde muera.

Segismundo: Dios os guarde.

Astolfo: El no haberme conocido sólo por disculpa os doy de no honrarme más. Yo soy Astolfo. Duque he nacido de Moscovia, y primo vuestro. Haya igualdad en los dos.

Segismundo: Si digo que os guarde Dios, ¿bastante agrado no os muestro? Pero ya que, haciendo alarde de quien sois, de esto os quejáis, otra vez que me veáis, le diré a Dios que no os guarde.

Criado segundo: Vuestra alteza considere que como en montes nacido con todos ha procedido, Astolfo, señor, prefiere...

Segismundo: Cansóme como llegó grave a hablarme, y lo primero que hizo, se puso el sombrero.

Criado primero: Es grande.

Segismundo: Mayor soy yo.

Criado segundo: Con todo eso, entre los dos que haya más respeto es bien que entre los demás.

Segismundo: ¿Y quién os mete conmigo a vos?

Sale Estrella.

Estrella: Vuestra alteza, señor, sea muchas veces bien venido al dosel que agradecido le recibe y le desea; adonde, a pesar de engaños, viva augusto y eminente, donde su vida se cuente por siglos, y no por años.

Segismundo: Dime tú agora, ¿quién es esta beldad soberana? ¿Quién es esta diosa humana, a cuyos divinos pies postra el cielo su arrebol? ¿Quién es esta mujer bella?

Clarín: Es, señor, tu prima Estrella.

Segismundo: Mejor dijeras el sol. Aunque el parabién es bien darme del bien que conquisto, de sólo haberos hoy visto os admito el

parabién; y así, de llegarme a ver con el bien que no merezco, el parabién agradezco.

Estrella, que amanecer podéis, y dar alegría, al más luciente farol, ¿qué dejáis que hacer al sol, si os levantáis con el día? Dadme a besar vuestra mano, en cuya copa de nieve el aura candores bebe.

Estrella: Sed más galán cortesano.

Astolfo: (Si él toma la mano, yo soy perdido).

Criado segundo: (El pesar sé de Astolfo, y le estorbaré). Advierte, señor, que no es justo atreverte así, y estando Astolfo...

Segismundo: ¿No digo que vos no os metáis conmigo?

Criado segundo: Digo lo que es justo.

Segismundo: A mí todo eso me causa enfado; nada me parece justo en siendo contra mi gusto.

Criado segundo: Pues yo, señor, he escuchado de ti que en lo justo es bien obedecer y servir.

Segismundo: ¿También oíste decir que por un balcón, a quien me canse, sabré arrojar?

Criado segundo: Con los hombres como yo no puede hacerse eso.

Segismundo: ¿No? ¡Por Dios que lo he de probar! Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, y torna a salir

Astolfo: ¿Qué es esto que llego a ver?

Estrella: Llegad todos a ayudar.

Segismundo: Cayó del balcón al mar; ¡vive Dios, que pudo ser!

Astolfo: Pues medid con más espacio vuestras acciones severas, que lo que hay de hombres a fieras, hay desde un monte a palacio.

Segismundo: Pues en dando tan severo en hablar con entereza, quizá no hallaréis cabeza en que se os tenga el sombrero.

Vase Astolfo y sale el rey Basilio.

Basilio: ¿Qué ha sido esto?

Segismundo: Nada ha sido. A un hombre que me ha cansado, de ese balcón he arrojado.

Clarín: Que es el rey está advertido.

Basilio: ¿Tan presto? ¿Una vida cuesta tu venida el primer día?

Segismundo: Díjome que no podía hacerse, y gané la apuesta.

Basilio: Pésame mucho que cuando, príncipe, a verte he venido, pensando hallarte advertido, de hados y estrellas triunfando, con tanto rigor te vea, y que la primera acción que has hecho en esta ocasión, un grave homicidio sea.

¿Con qué amor llegar podré a darte agora mis brazos, si de sus soberbios lazos, que están enseñados sé a dar muertes? ¿Quién llegó a ver desnudo el puñal que dio una herida mortal, que no temiese? ¿Quién vio sangriento el lugar, adonde a otro hombre dieron muerte, que no sienta?

Que el más fuerte a su natural responde. Yo así, que en tus brazos miro de esta muerte el instrumento, y miro el lugar sangriento, de tus brazos me retiro; y aunque en amorosos lazos ceñir tu cuello pensé, sin ellos me volveré, que tengo miedo a tus brazos.

Segismundo: Sin ellos me podré estar como me he estado hasta aquí; que un padre que contra mí tanto rigor sabe usar, que con condición ingrata de su lado me desvía, como a una fiera me cría, y como a un monstruo me trata y mi muerte solicita, de poca importancia fue que los brazos no me dé, cuando el ser de hombre me quita.

Basilio: Al cielo y a Dios pluguiera que a dártele no llegara; pues ni tu voz escuchara, ni tu atrevimiento viera.

Segismundo: Si no me le hubieras dado, no me quejara de ti; pero una vez dado, sí, por habérmele quitado; que aunque el dar la acción es más noble y más singular, es mayor bajeza el dar, para quitarlo después.

Basilio: ¡Bien me agradeces el verte de un humilde y pobre preso, príncipe ya!

Segismundo: Pues en eso, ¿qué tengo que agradecerte? Tirano de mi albedrío, si viejo y caduco estás, ¿muriéndote, qué me das? ¿Dasme más de lo que es mío? Mi padre eres y mi rey; luego toda esta grandeza me da la naturaleza por derechos de su ley.

Luego, aunque esté en este estado, obligado no te quedo, y pedirte cuentas puedo del tiempo que me has quitado libertad, vida y honor; y así, agradéceme a mí que yo no cobre de ti, pues eres tú mi deudor.

Basilio: Bárbaro eres y atrevido; cumplió su palabra el cielo; y así, para el mismo apelo, soberbio desvanecido.

Y aunque sepas ya quién eres, y desengañado estés, y aunque en un lugar te ves donde a todos te prefieres, mira bien lo que te advierto: que seas humilde y blando, porque quizá estás soñando, aunque ves que estás despierto.

Vase el rey Basilio.

Segismundo: ¿Que quizá soñando estoy, aunque despierto me veo? No sueño, pues toco y creo lo que he sido y lo que soy.

Y aunque agora te arrepientas, poco remedio tendrás; sé quién soy, y no podrás aunque suspires y sientas, quitarme el haber nacido de esta corona heredero; y si me viste primero a las prisiones rendido,

fue porque ignoré quién era; pero ya informado estoy de quién soy y sé que soy un compuesto de hombre y fiera.

Sale Rosaura, dama.

Rosaura: (Siguiendo a Estrella vengo, y gran temor de hallar a Astolfo tengo; que Clotaldo desea que no sepa quién soy, y no me vea, porque dice que importa al honor mío; y de Clotaldo fío su efecto, pues le debo, agradecida, aquí el amparo de mi honor y vida).

Clarín: ¿Qué es lo que te ha agradado más de cuanto hoy has visto y admirado?

Segismundo: Nada me ha suspendido, que todo lo tenía prevenido; mas, si admirar hubiera algo en el mundo, la hermosura fuera de la mujer.

Leía una vez en los libros que tenía que lo que a Dios mayor estudio debe, era el hombre, por ser un mundo breve; mas ya que lo es recelo la mujer, pues ha sido un breve cielo; y más beldad encierra que el hombre, cuanto va de cielo a tierra.

¡Y más, si es la que miro!

Rosaura: (El príncipe está aquí; yo me retiro).

Segismundo: Oye, mujer, detente; no juntes el ocaso y el oriente huyendo al primer paso; que juntos el oriente y el ocaso, la lumbre y sombra fría, serás, sin duda, síncopa del día. ¿Pero qué es lo que veo?

Rosaura: Lo mismo que estoy viendo, dudo y creo.

Segismundo: (Yo he visto esta belleza otra vez).

Rosaura: (Yo esta pompa, esta grandeza he visto reducida a una estrecha prisión).

Segismundo: (Ya hallé mi vida). Mujer, que aqueste nombre es el mejor requiebro para el hombre, ¿quién eres? Que sin verte adora-

ción me debes, y de suerte por la fe te conquisto, que me persuado a que otra vez te he visto. ¿Quién eres, mujer bella?

Rosaura: (Disimular me importa). Soy de Estrella una infelice dama.

Segismundo: No digas tal; di el sol, a cuya llama aquella estrella vive, pues de tus rayos resplandor recibe; yo vi en reino de olores que presidía entre comunes flores la deidad de la rosa, y era su emperatriz por más hermosa; yo vi entre piedras finas de la docta academia de sus minas preferir el diamante, y ser su emperador por más brillante; yo en esas cortes bellas de la inquieta república de estrellas, vi en el lugar primero por rey de las estrellas el lucero; yo en esferas perfetas, llamando el sol a cortes los planetas, le vi que presidía como mayor oráculo del día.

¿Pues cómo, si entre flores, entre estrellas, piedras, signos, planetas, las más bellas prefieren, tú has servido la de menos beldad, habiendo sido por más bella y hermosa, sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

Sale Clotaldo.

Clotaldo: (A Segismundo reducir deseo, porque, en fin, le he criado; mas ¿qué veo?)

Rosaura: Tu favor reverencio. Respóndote retórico el silencio; cuando tan torpe la razón se halla, mejor habla, señor, quien mejor calla.

Segismundo: No has de ausentarte, espera. ¿Cómo quieres dejar de esa manera a escuras mi sentido?

Rosaura: Esta licencia a vuestra alteza pido.

Segismundo: Irte con tal violencia no es pedir, es tomarte la licencia.

Rosaura: Pues si tú no la das, tomarla espero.

Segismundo: Harás que de cortés pase a grosero, porque la resistencia es veneno crüel de mi paciencia.

Rosaura: Pues cuando ese veneno, de furia, de rigor y saña lleno, la paciencia venciera, mi respeto no osara, ni pudiera.

Segismundo: Sólo por ver si puedo, harás que pierda a tu hermosura el miedo; que soy muy inclinado a vencer lo imposible; hoy he arrojado de ese balcón a un hombre, que decía que hacerse no podía; y así, por ver si puedo, cosa es llana que arrojaré tu honor por la ventana.

Clotaldo: (Mucho se va empeñando. ¿Qué he de hacer, cielos, cuando tras un loco deseo mi honor segunda vez a riesgo veo?)

Rosaura: No en vano prevenía a este reino infeliz tu tiranía escándalos tan fuertes de delitos, traiciones, iras, muertes. ¿Mas, qué ha de hacer un hombre que de humano no tiene más que el nombre? ¡Atrevido, inhumano, cruel, soberbio, bárbaro y tirano, nacido entre las fieras!

Segismundo: Porque tú ese baldón no me dijeras, tan cortés me mostraba, pensando que con eso te obligaba; mas, si lo soy hablando de este modo, has de decirlo, vive Dios, por todo. -¡Hola, dejadnos solos, y esa puerta se cierre, y no entre nadie!

Vase Clarín.

Rosaura: (Yo soy muerta). Advierte...

Segismundo: Soy tirano, y ya pretendes reducirme en vano.

Clotaldo: (¡Oh, qué lance tan fuerte! Saldré a estorbarlo, aunque me dé la muerte). Señor, atiende, mira.

Segismundo: Segunda vez me has provocado a ira, viejo caduco y loco. ¿Mi enojo y rigor tienes en poco? ¿Cómo hasta aquí has

llegado?

Clotaldo: De los acentos de esta voz llamado a decirte que seas más apacible, si reinar deseas; y no, por verte ya de todos dueño, seas cruel, porque quizá es un sueño.

Segismundo: A rabia me provocas, cuando la luz del desengaño tocas. Veré, dándote muerte, si es sueño o si es verdad.

Al ir a sacar la daga, se la tiene Clotaldo y se arrodilla.

Clotaldo: Yo de esta suerte librar mi vida espero.

Segismundo: Quita la osada mano del acero.

Clarín: Hasta que gente venga, que tu rigor y cólera detenga, no he de soltarte.

Rosaura: ¡Ay cielos!

Segismundo: ¡Suelta, digo! Caduco, loco, bárbaro, enemigo, o será de esta suerte: el darte agora entre mis brazos muerte. Luchan

Rosaura: Acudid todos presto, que matan a Clotaldo.

Vase Rosaura. Sale Astolfo a tiempo que cae Clotaldo a sus pies, y él se pone en medio.

Astolfo: ¿Pues, qué es esto, príncipe generoso? ¿Así se mancha acero tan brioso en una sangre helada? Vuelva a la vaina tu lucida espada.

Segismundo: En viéndola teñida en esa infame sangre.

Astolfo: Ya su vida tomó a mis pies sagrado; y de algo ha servirme haber llegado.

Segismundo: Sírvate de morir, pues de esta suerte también sabré vengarme, con tu muerte, de aquel pasado enojo.

Astolfo: Yo defiendo mi vida; así la majestad no ofendo.

Sacan las espadas, y sale el rey Basilio y Estrella.

Clotaldo: No le ofendas, señor.

Basilio: ¿Pues, aquí espadas?

Estrella: (¡Astolfo es, ay de mí, penas airadas!)

Basilio: ¿Pues, qué es lo que ha pasado?

Astolfo: Nada, señor, habiendo tú llegado. Envainan

Segismundo: Mucho, señor, aunque hayas tú venido; yo a ese viejo matar he pretendido.

Basilio: ¿Respeto no tenías a estas canas?

Clotaldo: Señor, ved que son mías; que no importa veréis.

Segismundo: Acciones vanas, querer que tengo yo respeto a canas; pues aun ésas podría ser que viese a mis plantas algún día; porque aun no estoy vengado del modo injusto con que me has criado.

Vase Segismundo.

Basilio: Pues antes que lo veas, volverás a dormir adonde creas que cuanto te ha pasado, como fue bien del mundo, fue soñado.

Vase el rey Basilio y Clotaldo; quedan Estrella y Astolfo.

Astolfo: ¿Qué pocas veces el hado que dice desdichas, miente, pues es tan cierto en los males, cuanto dudoso en los bienes? ¡Qué buen astrólogo fuera, si siempre casos crüeles anunciara; pues no hay duda que ellos fueran verdad siempre!

Conocerse esa experiencia en mí y Segismundo puede, Estrella, pues en los dos hizo muestras diferentes.

En él previno rigores, soberbias, desdichas, muertes, y en todo dijo verdad, porque todo, al fin, sucede; pero en mí, que al ver, señora, esos rayos excelentes, de quien el sol fue una sombra y el cielo un amago breve, que me previno venturas, trofeos, aplausos, bienes, dijo

mal, y dijo bien; pues sólo es justo que acierte cuando amaga con favores, y ejecuta con desdenes.

Estrella: No dudo que esas finezas son verdades evidentes; mas serán por otra dama, cuyo retrato pendiente trujisteis al cuello cuando llegasteis, Astolfo, a verme; y siendo así, esos requiebros ella sola los merece.

Acudid a que ella os pague, que no son buenos papeles en el consejo de amor las finezas ni las fees que se hicieron en servicio de otras damas y otros reyes.

Sale Rosaura al paño.

Rosaura: (¡Gracias a Dios, que han llegado ya mis desdichas crüeles al término suyo, pues quien esto ve nada teme!)

Astolfo: Yo haré que el retrato salga del pecho, para que entre la imagen de tu hermosura. Donde entre Estrella no tiene lugar la sombra, ni estrella donde el sol; voy a traerle. (Perdona, Rosaura hermosa, este agravio, porque ausentes, no se guardan más fe que ésta los hombres y las mujeres).

Vase Astolfo.

Rosaura: (Nada he podido escuchar, temerosa que me viese).

Estrella: ¡Astrea!

Rosaura: ¿Señora mía?

Estrella: Heme holgado que tú fueses la que llegaste hasta aquí; porque de ti solamente fiara un secreto.

Rosaura: Honras, señora, a quien te obedece.

Estrella: En el poco tiempo, Astrea, que ha que te conozco, tienes de mi voluntad las llaves; por esto, y por ser quien eres, me atrevo a fiar de ti lo que aun de mí muchas veces recaté.

Rosaura: Tu esclava soy.

Estrella: Pues para decirlo en breve, mi primo Astolfo -bastara que mi primo te dijese, porque hay cosas que se dicen con pensarlas solamente- ha de casarse conmigo, si es que la fortuna quiere que con una dicha sola tantas desdichas descuente.

Pesóme que el primer día echado al cuello trujese el retrato de una dama; habléle en él cortésmente, es galán y quiere bien; fue por él, y ha de traerle aquí. Embarázame mucho que él a mí a dármele llegue; quédate aquí, y cuando venga, le dirás que te lo entregue a ti.

No te digo más; discreta y hermosa eres; bien sabrás lo que es amor.

Vase Estrella.

Rosaura: ¡Ojalá no lo supiese! ¡Válgame el cielo! ¿Quién fuera tan atenta y tan prudente, que supiera aconsejarse hoy en ocasión tan fuerte? ¿Habrá persona en el mundo a quien el cielo inclemente con más desdichas combata y con más pesares cerque?

¿Qué haré en tantas confusiones, donde imposible parece que halle razón que me alivie, ni alivio que me consuele? Desde la primer desdicha, no hay suceso ni accidente que otra desdicha no sea; que unas a otras suceden herederas de sí mismas.

A la imitación del Fénix, unas de las otras nacen, viviendo de lo que mueren, y siempre de sus cenizas está el sepulcro caliente. Que eran cobardes decía un sabio, por parecerle que nunca andaba una sola; yo digo que son valientes, pues siempre van adelante, y nunca la espalda vuelven.

Quien las llevare consigo a todo podrá atreverse, pues en ninguna ocasión no haya miedo que le dejen. Dígalo yo, pues en tantas como a mi vida suceden, nunca me he hallado sin ellas, ni se han cansado

hasta verme herida de la fortuna, en los brazos de la muerte. ¡Ay de mí!

¿Qué debo hacer hoy en la ocasión presente? Si digo quién soy, Clotaldo, a quien mi vida le debe este amparo y este honor, conmigo ofenderse puede; pues me dice que callando honor y remedio espere. Si no he de decir quién soy a Astolfo, y él llega a verme, ¿cómo he de disimular?

Pues, aunque fingirlo intenten la voz, la lengua, y los ojos, les dirá el alma que mienten. ¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio lo que haré, si es evidente que por más que lo prevenga, que lo estudie y que lo piense, en llegando la ocasión ha de hacer lo que quisiere el dolor?

Porque ninguno imperio en sus penas tiene. Y pues a determinar lo que he de hacer no se atreve el alma, llegue el dolor hoy a su término, llegue la pena a su extremo, y salga de dudas y pareceres de una vez; pero hasta entonces ¡valedme, cielos, valedme!

Sale Astolfo con el retrato.

Astolfo: Éste es, señora, el retrato; mas ¡ay Dios!

Rosaura: ¿Qué se suspende vuestra alteza? ¿Qué se admira?

Astolfo: De oírte, Rosaura, y verte.

Rosaura: ¿Yo Rosaura? Hase engañado vuestra alteza, si me tiene por otra dama; que yo soy Astrea, y no merece mi humildad tan grande dicha que esa turbación le cueste.

Astolfo: Basta, Rosaura, el engaño, porque el alma nunca miente, y aunque como a Astrea te mire, como a Rosaura te quiere.

Rosaura: No he entendido a vuestra alteza, y así, no sé responderle; sólo lo que yo diré es que Estrella -que lo puede ser de Venus- me mandó que en esta parte le espere, y de la suya le diga que aquel re-

trato me entregue -que está muy puesto en razón-, y yo misma se lo lleve.

Estrella lo quiere así, porque aun las cosas más leves como sean en mi daño es Estrella quien las quiere.

Astolfo: Aunque más esfuerzos hagas, ¡oh, qué mal, Rosaura, puedes disimular! Di a los ojos que su música concierten con la voz; porque es forzoso que desdiga y que disuene tan destemplado instrumento, que ajustar y medir quiere la falsedad de quien dice, con la verdad de quien siente.

Rosaura: Ya digo que sólo espero el retrato.

Astolfo: Pues que quieres llevar al fin el engaño, con él quiero responderte.

Dirásle, Astrea, a la infanta que yo la estimo de suerte, que, pidiéndome un retrato, poca fineza parece enviársele, y así, porque le estime y le precie le envío el original; y tú llevársele puedes, pues ya le llevas contigo, como a ti misma te lleves.

Rosaura: Cuando un hombre se dispone, restado, altivo y valiente, a salir con una empresa aunque por trato le entreguen lo que valga más, sin ella necio y desairado vuelve.

Yo vengo por un retrato y aunque un original lleve que vale más, volveré desairada; y así, déme vuestra alteza ese retrato, que sin él no he de volverme.

Astolfo: ¿Pues cómo, si no he de darle, le has de llevar?

Rosaura: De esta suerte, suéltale, ingrato.

Astolfo: Es en vano.

Rosaura: ¡Vive Dios, que no ha de verse en mano de otra mujer!

Astolfo: Terrible estás.

Rosaura: Y tú aleve.

Astolfo: Ya basta, Rosaura mía.

Rosaura: ¿Yo tuya, villano? Mientes.

Sale Estrella.

Estrella: Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?

Astolfo: (Aquésta es Estrella).

Rosaura: (Déme para cobrar mi retrato ingenio el Amor). Si quieres saber lo que es, yo, señora, te lo diré.

Astolfo: ¿Qué pretendes?

Rosaura: Mandásteme que esperase aquí a Astolfo, y le pidiese un retrato de tu parte. Quedé sola, y como vienen de unos discursos a otros las noticias fácilmente, viéndote hablar de retratos, con su memoria acordéme de que tenía uno mío en la manga.

Quise verle, porque una persona sola con locuras se divierte; cayóseme de la mano al suelo;

Astolfo, que viene a entregarte el de otra dama, le levantó, y tan rebelde está en dar el que le pides, que en vez de dar uno, quiere llevar otro; pues el mío aun no es posible volverme, con ruegos y persuasiones; colérica e impaciente yo se le quise quitar.

Aquél que en la mano tiene, es mío; tú lo verás con ver si se me parece.

Estrella: Soltad, Astolfo, el retrato. Quítasele

Astolfo: Señora...

Estrella: No son crüeles, a la verdad, los matices.

Rosaura: ¿No es mío?

Estrella: ¿Qué duda tiene?

Rosaura: Di que ahora te entregue el otro.

Estrella: Toma tu retrato, y vete.

Rosaura: (Yo he cobrado mi retrato, venga ahora lo que viniere).

Vase Rosaura.

Estrella: Dadme ahora el retrato vos que os pedí; que aunque no piense veros ni hablaros jamás, no quiero, no, que se quede en vuestro poder, siquiera porque yo tan neciamente le he pedido.

Astolfo: (¿Cómo puedo salir de lance tan fuerte?) Aunque quiera, hermosa Estrella, servirte y obedecerte, no podré darte el retrato que me pides, porque...

Estrella: Eres villano y grosero amante. No quiero que me le entregues; porque yo tampoco quiero, con tomarle, que me acuerdes de que yo te le he pedido.

Vase Estrella.

Astolfo: Oye, escucha, mira, advierte. ¡Válgame Dios por Rosaura! ¿Dónde, cómo, o de qué suerte hoy a Polonia has venido a perderme y a perderte?

Vase Astolfo.

En la torre de Segismundo.

Descúbrese Segismundo, como al principio, con pieles y cadena, durmiendo en el suelo; salen Clotaldo, Clarín y los dos criados.

Clotaldo: Aquí le habéis de dejar pues hoy su soberbia acaba donde empezó.

Criado primero: Como estaba, la cadena vuelvo a atar.

Clarín: No acabes de despertar, Segismundo, para verte perder, trocada la suerte siendo tu gloria fingida, una sombra de la vida y una llama de la muerte.

Clotaldo: A quien sabe discurrir, así, es bien que se prevenga una estancia, donde tenga harto lugar de argüir. Éste es el que habéis de asir y en ese cuarto encerrar.

Clarín: ¿Por qué a mí?

Clotaldo: Porque ha de estar guardado en prisión tan grave, Clarín que secretos sabe, donde no pueda sonar.

Clarín: ¿Yo, por dicha, solicito dar muerte a mi padre? No. ¿Arrojé del balcón yo al Ícaro de poquito? ¿Yo muero ni resucito? ¿Yo sueño o duermo? ¿A qué fin me encierran?

Clotaldo: Eres Clarín.

Clarín: Pues ya digo que seré corneta, y que callaré, que es instrumento ruín.

Llévanle a Clarín. Sale el rey Basilio, rebozado.

Basilio: ¿Clotaldo?

Clotaldo: ¡Señor! ¿Así viene vuestra majestad?

Basilio: La necia curiosidad de ver lo que pasa aquí a Segismundo, ¡ay de mí! de este modo me ha traído.

Clotaldo: Mírale allí, reducido a su miserable estado.

Basilio: ¡Ay, príncipe desdichado y en triste punto nacido! Llega a despertarle, ya que fuerza y vigor perdió con el opio que bebió.

Clotaldo: Inquieto, señor, está, y hablando.

Basilio: ¿Qué soñará agora? Escuchemos, pues. En sueños

Segismundo: Piadoso príncipe es el que castiga tiranos; muera Clotaldo a mis manos, bese mi padre mis pies.

Clotaldo: Con la muerte me amenaza.

Basilio: A mí con rigor y afrenta.

Clotaldo: Quitarme la vida intenta.

Basilio: Rendirme a sus plantas traza.

Segismundo: Salga a la anchurosa plaza del gran teatro del mundo este valor sin segundo; porque mi venganza cuadre, vean triunfar de su padre al príncipe Segismundo.

Despierta.

Segismundo: Mas, ¡ay de mí! ¿Dónde estoy?

Basilio: Pues a mí no me ha de ver; ya sabes lo que has de hacer. Desde allí a escucharle voy.

Retírase el rey Basilio.

Segismundo: ¿Soy yo por ventura? ¿Soy el que preso y aherrojado llego a verme en tal estado? ¿No sois mi sepulcro vos, torre? Sí. ¡Válgame Dios, qué de cosas he soñado!

Clotaldo: (A mí me toca llegar, a hacer la deshecha agora).

Segismundo: ¿Es ya de despertar hora?

Clotaldo: Sí, hora es ya de despertar. ¿Todo el día te has de estar durmiendo? ¿Desde que yo al águila que voló con tarda vista seguí y te quedaste tú aquí, nunca has despertado?

Segismundo: No. Ni aun agora he despertado; que según, Clotaldo, entiendo, todavía estoy durmiendo, y no estoy muy engañado; porque si ha sido soñado lo que vi palpable y cierto, lo que veo será incierto; y no es mucho que, rendido, pues veo estando dormido, que sueñe estando despierto.

Clotaldo: Lo que soñaste me di.

Segismundo: Supuesto que sueño fue, no diré lo que soñé; lo que vi, Clotaldo, sí. Yo desperté, y yo me vi, –¡qué crueldad tan lisonjera!–

en un lecho, que pudiera con matices y colores ser el catre de las flores que tejió la primavera.

Aquí mil nobles, rendidos a mis pies nombre me dieron de su príncipe, y sirvieron galas, joyas y vestidos. La calma de mis sentidos tú trocaste en alegría, diciendo la dicha mía; que, aunque estoy de esta manera, príncipe en Polonia era.

Clotaldo: Buenas albricias tendría.

Segismundo: No muy buenas; por traidor, con pecho atrevido y fuerte dos veces te daba muerte.

Clotaldo: ¿Para mí tanto rigor?

Segismundo: De todos era señor, y de todos me vengaba; sólo a una mujer amaba... que fue verdad, creo yo, en que todo se acabó, y esto sólo no se acaba.

Vase el rey Basilio.

Clotaldo: (Enternecido se ha ido el rey de haberle escuchado). Como habíamos hablado de aquella águila, dormido, tu sueño imperios han sido; mas en sueños fuera bien entonces honrar a quien te crió en tantos empeños, Segismundo, que aun en sueños no se pierde el hacer bien.

Vase Clotaldo.

Segismundo: Es verdad; pues reprimamos esta fiera condición, esta furia, esta ambición, por si alguna vez soñamos; y sí haremos, pues estamos en mundo tan singular, que el vivir sólo es soñar; y la experiencia me enseña que el hombre que vive, sueña lo que es, hasta despertar.

Sueña el rey que es rey, y vive con este engaño mandando, disponiendo y gobernando; y este aplauso, que recibe prestado, en el viento escribe, y en cenizas le convierte la muerte, ¡desdicha fuerte!

¡Que hay quien intente reinar, viendo que ha de despertar en el sueño de la muerte!

Sueña el rico en su riqueza, que más cuidados le ofrece; sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza; sueña el que a medrar empieza, sueña el que afana y pretende, sueña el que agravia y ofende, y en este mundo, en conclusión, todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí de estas prisiones cargado, y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ficción, una sombra, una ilusión, y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.

Jornada tercera

En la torre.

Sale Clarín.

Clarín: En una encantada torre, por lo que sé, vivo preso. ¿Qué me harán por lo que ignoro si por lo que sé me han muerto? ¡Que un hombre con tanta hambre viniese a morir viviendo! Lástima tengo de mí. Todos dirán:

"bien lo creo;" y bien se puede creer, pues para mí este silencio no conforma con el nombre Clarín, y callar no puedo. Quien me hace compañía aquí, si a decirlo acierto, son arañas y ratones. ¡Miren qué dulces jilgueros!

De los sueños de esta noche la triste cabeza tengo llena de mil chirimías, de trompetas y embelecos, de procesiones, de cruces, de disciplinantes; y éstos unos suben, otros bajan, otros se desmayan, viendo la sangre que llevan otros; mas yo, la verdad diciendo, de no comer me desmayo; que en esta prisión me veo, donde ya todos los días en el filósofo leo Nicomedes, y las noches en el concilio Niceno.

Si llaman santo al callar, como en calendario nuevo San Secreto es para mí, pues le ayuno y no le huelgo; aunque está bien merecido el castigo que padezco, pues callé, siendo criado, que es el mayor sacrilegio.

Ruido de cajas y gente, y dicen dentro.

Soldado primero: Ésta es la torre en que está. Echad la puerta en el suelo; entrad todos.

Clarín: ¡Vive Dios! Que a mí me buscan, es cierto, pues que dicen que aquí estoy. ¿Qué me querrán?

Salen los soldados que pudieren.

Soldado primero: Entrad dentro.

Soldado segundo: Aquí está.

Clarín: No está.

Todos: Señor...

Clarín: (¿Si vienen borrachos éstos?)

Soldado segundo: Tú nuestro príncipe eres. Ni admitimos ni queremos sino al señor natural, y no príncipe extranjero. A todos nos da los pies.

Todos: ¡Viva el gran príncipe nuestro!

Clarín: (¡Vive Dios, que va de veras! ¿Si es costumbre en este reino prender uno cada día y hacerle príncipe, y luego volverle a la torre? Sí, pues cada día lo veo; fuerza es hacer mi papel).

Todos: Danos tus plantas.

Clarín: No puedo, porque las he menester para mí, y fuera defecto ser príncipe desplantado.

Soldado primero: Todos a tu padre mismo le dijimos que a ti solo por príncipe conocemos, no al de Moscovia.

Clarín: ¿A mi padre le perdisteis el respeto? Sois unos tales por cuales.

Soldado primero: Fue lealtad de nuestros pechos.

Clarín: Si fue lealtad, yo os perdono.

Soldado segundo: Sal a restaurar tu imperio. ¡Viva Segismundo!

Todos: ¡Viva!

Clarín: (¿Segismundo dicen? ¡Bueno! Segismundo llaman todos los príncipes contrahechos).

Sale Segismundo.

Segismundo: ¿Quién nombra aquí a Segismundo?

Clarín: (¡Mas que soy príncipe huero!)

Soldado segundo: ¿Quién es Segismundo?

Segismundo: Yo.

Soldado segundo: ¿Pues, cómo, atrevido y necio, tú te hacías Segismundo?

Clarín: ¿Yo Segismundo? Eso niego, que vosotros fuisteis quien me segismundeasteis, luego vuestra ha sido solamente necedad y atrevimiento.

Soldado primero: Gran príncipe Segismundo –que las señas que traemos tuyas son, aunque por fe te aclamamos señor nuestro–, tu padre, el gran rey Basilio, temeroso que los cielos cumplan un hado, que dice que ha de verse a tus pies puesto, vencido de ti, pretende quitarte acción y derecho y dársela a Astolfo, duque de Moscovia.

Para esto juntó su corte, y el vulgo, penetrando ya, y sabiendo que tiene rey natural, no quiere que un extranjero venga a mandarle.

Y así, haciendo noble desprecio de la inclemencia del hado, te ha buscado donde preso vives, para que valido de sus armas, y saliendo de esta torre a restaurar tu imperial corona y cetro, se la quites a un tirano. Sal, pues; que en ese desierto, ejército numeroso de bandidos y plebeyos te aclama.

La libertad te espera. Oye sus acentos.

Dentro: ¡Viva Segismundo, viva!

Segismundo: ¿Otra vez? ¿Qué es esto cielos? ¿Queréis que sueñe grandezas que ha de deshacer el tiempo? ¿Otra vez queréis que vea entre sombras y bosquejos la majestad y la pompa desvanecida del

viento? ¿Otra vez queréis que toque el desengaño o el riesgo a que el humano poder nace humilde y vive atento?

Pues no ha de ser, no ha de ser.

Miradme otra vez sujeto a mi fortuna; y pues sé que toda esta vida es sueño, idos, sombras, que fingís hoy a mis sentidos muertos cuerpo y voz, siendo verdad que ni tenéis voz ni cuerpo; que no quiero majestades fingidas, pompas no quiero, fantásticas ilusiones que al soplo menos ligero del aura han de deshacerse, bien como el florido almendro, que por madrugar sus flores, sin aviso y sin consejo, al primero soplo se apagan, marchitando y desluciendo de sus rosados capullos belleza, luz y ornamento.

Ya os conozco, ya os conozco, y sé que os pasa lo mismo con cualquiera que se duerme; para mí no hay fingimientos; que, desengañado ya, sé bien que la vida es sueño.

Soldado segundo: Si piensas que te engañamos, vuelve a ese monte soberbio los ojos, para que veas la gente que aguarda en ellos para obedecerte.

Segismundo: Ya otra vez vi aquesto mesmo tan clara y distintamente como agora lo estoy viendo, y fue sueño.

Soldado segundo: Cosas grandes siempre, gran señor, trujeron anuncios; y esto sería, si lo soñaste primero.

Segismundo: Dices bien.

Anuncio fue y caso que fuese cierto, pues la vida es tan corta, soñemos, alma, soñemos otra vez; pero ha de ser con atención y consejo de que hemos de despertar de este gusto al mejor tiempo; que llevándolo sabido, será el desengaño menos; que es hacer burla del daño adelantarle el consejo.

Y con esta prevención, de que cuando fuese cierto, es todo el poder prestado y ha de volverse a su dueño, atrevámonos a todo. Vasallos, yo os agradezco la lealtad; en mí lleváis quien os libre, osado y diestro, de extranjera esclavitud. Tocad al arma, que presto veréis mi inmenso valor.

Contra mi padre pretendo tomar armas, y sacar verdaderos a los cielos. Presto he de verle a mis plantas... (Mas si antes de esto despierto, ¿no será bien no decirlo, supuesto que no he de hacerlo?)

Todos: ¡Viva Segismundo, viva!

Sale Clotaldo.

Clotaldo: ¿Qué alboroto es éste, cielos?

Segismundo: Clotaldo.

Clotaldo: Señor... (En mí su rigor prueba).

Clarín: (Yo apuesto que le despeña del monte).

Vase Clarín.

Clotaldo: A tus reales plantas llego, ya sé que a morir.

Segismundo: Levanta, levanta, padre, del suelo; que tú has de ser norte y guía de quien fíe mis aciertos; que ya sé que mi crianza a tu mucha lealtad debo. Dame los brazos.

Clotaldo: ¿Qué dices?

Segismundo: Que estoy soñando, y que quiero obrar bien, pues no se pierde obrar bien, aun entre sueños.

Clotaldo: Pues, señor, si el obrar bien es ya tu blasón, es cierto que no te ofenda el que yo hoy solicite lo mesmo. ¡A tu padre has de hacer guerra! Yo aconsejarte no puedo contra mi rey, ni valerte. A tus plantas estoy puesto; dame la muerte.

Segismundo: ¡Villano, traidor, ingrato! (Mas, ¡cielos!, reportarme me conviene, que aún no sé si estoy despierto). Clotaldo, vuestro valor os envidio y agradezco. Idos a servir al rey que en el campo nos veremos. Vosotros, tocad al arma.

Clotaldo: Mil veces tus plantas beso.

Segismundo: A reinar, Fortuna, vamos; no me despiertes, si duermo, y si es verdad, no me duermas. Mas, sea verdad o sueño, obrar bien es lo que importa. Si fuere verdad, por serlo; si no, por ganar amigos para cuando despertemos.

Vanse y tocan al arma.

Salón del palacio real.

Salen el rey Basilio y Astolfo.

Basilio: ¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente la furia de un caballo desbocado? ¿Quién detener de un río la corriente que corre al mar soberbio y despeñado? ¿Quién un peñasco suspender, valiente, de la cima de un monte desgajado? Pues todo fácil de parar ha sido y un vulgo no, soberbio y atrevido.

Dígalo en bandos el rumor partido, pues se oye resonar en lo profundo de los montes el eco repetido; unos ¡Astolfo!, y otros ¡Segismundo! El dosel de la jura, reducido a segunda intención, a horror segundo, teatro funesto es, donde importuna representa tragedias la Fortuna.

Astolfo: Suspéndase, señor, el alegría; cese el aplauso y gusto lisonjero que tu mano feliz me prometía; que si Polonia, a quien mandar espero, hoy se resiste a la obediencia mía, es porque la merezca yo primero. Dadme un caballo, y de arrogancia lleno, rayo descienda el que blasona trueno.

Vase Astolfo.

Basilio: Poco reparo tiene lo infalible, y mucho riesgo lo previsto tiene; y si ha de ser, la defensa es imposible de quien la excusa más, más la previene. ¡Dura ley! ¡Fuerte caso!

¡Horror terrible! quien piensa que huye el riesgo, al riesgo viene; con lo que yo guardaba me he perdido; yo mismo, yo mi patria he destruído.

Sale Estrella.

Estrella: Si tu presencia, gran señor, no trata de enfrenar el tumulto sucedido, que de uno en otro bando se dilata, por las calles y plazas dividido, verás tu reino en ondas de escarlata nadar, entre la púrpura teñido de su sangre; que ya con triste modo, todo es desdichas y tragedias todo.

Tanta es la ruina de tu imperio, tanta la fuerza del rigor duro y sangriento, que visto admira, y escuchado espanta; el sol se turba y se embaraza el viento; cada piedra un pirámide levanta, y cada flor construye un monumento; cada edificio es un sepulcro altivo, cada soldado un esqueleto vivo.

Sale Clotaldo.

Clotaldo: ¡Gracias a Dios que vivo a tus pies llego!

Basilio: Clotaldo, ¿pues qué hay de Segismundo?

Clotaldo: Que el vulgo, monstruo despeñado y ciego, la torre penetró, y de lo profundo de ella sacó su príncipe, que luego que vio segunda vez su honor segundo, valiente se mostró, diciendo fiero que ha de sacar al cielo verdadero.

Basilio: Dadme un caballo, porque yo en persona vencer valiente a un hijo ingrato quiero; y en la defensa ya de mi corona, lo que la ciencia erró, venza el acero.

Vase el rey Basilio.

Estrella: Pues yo al lado del sol seré Belona. Poner mi nombre junto al tuyo espero; que he de volar sobre tendidas alas a competir con la deidad de Palas.

Vase Estrella, y tocan al arma. Sale Rosaura y detiene a Clotaldo.

Rosaura: Aunque el valor que se encierra en tu pecho, desde allí da voces, óyeme a mí, que yo sé que todo es guerra.

Ya sabes que yo llegué pobre, humilde y desdichada a Polonia, y amparada de tu valor, en ti hallé piedad; mandásteme, ¡ay cielos!, que disfrazada viviese en palacio, y pretendiese disimulando mis celos, guardarme de Astolfo.

En fin, él me vio, y tanto atropella mi honor, que viéndome, a Estrella de noche habla en un jardín; de éste la llave he tomado, y te podré dar lugar de que en él puedas entrar a dar fin a mi cuidado.

Aquí, altivo, osado y fuerte, volver por mi honor podrás, pues que ya resuelto estás a vengarme con su muerte.

Clotaldo: Verdad es que me incliné desde el punto que te vi, a hacer, Rosaura, por ti -testigo tu llanto fue- cuanto mi vida pudiese.

Lo primero que intenté quitarte aquel traje fue; porque, si Astolfo te viese, te viese en tu propio traje, sin juzgar a liviandad la loca temeridad que hace del honor ultraje. En este tiempo trazaba cómo cobrar se pudiese tu honor perdido, aunque fuese -tanto tu honor me arrestaba- dando muerte a Astolfo.

¡Mira qué caduco desvarío! Si bien, no siendo rey mío, ni me asombra ni me admira. Darle pensé muerte, cuando Segismundo pretendió dármela a mí, y él llegó su peligro atropellando, a hacer en defensa mía muestras de su voluntad, que fueron temeridad pasando de valentía.

Pues ¿cómo yo agora -advierte-, teniendo alma agradecida, a quien me ha dado la vida le tengo de dar la muerte?

Y así, entre los dos partido el afecto y el cuidado, viendo que a ti te la he dado, y que de él la he recibido, no sé a qué parte acudir, no sé qué parte ayudar.

Si a ti me obligué con dar, de él lo estoy con recibir, y así, en la acción que se ofrece, nada a mi amor satisface, porque soy persona que hace, y persona que padece.

Rosaura: No tengo que prevenir que en un varón singular, cuanto es noble acción el dar, es bajeza el recibir.

Y este principio asentado, no has de estarle agradecido, supuesto que si él ha sido el que la vida te ha dado, y tú a mí, evidente cosa es que él forzó tu nobleza a que hiciese una bajeza, y yo una acción generosa.

Luego estás de él ofendido, luego estás de mí obligado, supuesto que a mí me has dado lo que de él has recibido; y así debes acudir a mi honor en riesgo tanto, pues yo le prefiero, cuanto va de dar a recibir.

Clotaldo: Aunque la nobleza vive de la parte del que da, el agradecerle está de parte del que recibe; y pues ya dar he sabido, ya tengo con nombre honroso el nombre de generoso; déjame el de agradecido, pues le puedo conseguir siendo agradecido, cuanto liberal, pues honra tanto el dar como el recibir.

Rosaura: De ti recibí la vida, y tú mismo me dijiste, cuando la vida me diste, que la que estaba ofendida no era vida; luego yo nada de ti he recibido; pues vida no vida ha sido la que tu mano me dio.

Y si debes ser primero liberal que agradecido -como de ti mismo he oído-, que me des la vida espero, que no me la has dado; y pues el dar engrandece más, sé antes liberal; serás agradecido después.

Clotaldo: Vencido de tu argumento antes liberal seré. Yo, Rosaura, te daré mi hacienda, y en un convento vive; que está bien pensado el medio que solicito; pues huyendo de un delito, te recoges a un sagrado, que cuando tan dividido, el reino desdichas siente, no he de ser quien las aumente, habiendo noble nacido.

Con el remedio elegido soy con el reino leal, soy contigo liberal, con Astolfo, agradecido; y así escogerle te cuadre, quedándose entre los dos que no hiciera, ¡vive Dios!, más, cuando fuera tu padre.

Rosaura: Cuando tú mi padre fueras, sufriera esa injuria yo; pero no siéndolo, no.

Clotaldo: ¿Pues qué es lo que hacer esperas?

Rosaura: Matar al duque.

Clotaldo: ¿Una dama que padres no ha conocido, tanto valor ha tenido?

Rosaura: Sí.

Clotaldo: ¿Quién te alienta?

Rosaura: ¡Mi fama!

Clotaldo: Mira que a Astolfo has de ver...

Rosaura: Todo mi honor lo atropella.

Clotaldo: ...tu rey, y esposo de Estrella.

Rosaura: ¡Vive Dios, que no ha de ser!

Clotaldo: Es locura.

Rosaura: Ya lo veo.

Clotaldo: Pues véncela.

Rosaura: No podré.

Clotaldo: Pues perderás...

Rosaura: Ya lo sé.

Clotaldo: ...vida y honor.

Rosaura: Bien lo creo.

Clotaldo: ¿Qué intentas?

Rosaura: Mi muerte.

Clotaldo: Mira que ese es despecho.

Rosaura: Es honor.

Clotaldo: Es desatino.

Rosaura: Es valor.

Clotaldo: Es frenesí.

Rosaura: Es rabia, es ira.

Clotaldo: En fin, ¿que no se da medio a tu ciega pasión.

Rosaura: No.

Clotaldo: ¿Quién ha de ayudarte?

Rosaura: Yo.

Clotaldo: ¿No hay remedio?

Rosaura: No hay remedio.

Clotaldo: Piensa bien si hay otros modos...

Rosaura: Perderme de otra manera.

Vase Rosaura.

Clotaldo: Pues si has de perderte, espera, hija, y perdámonos todos.

Vase Clotaldo.

Campo.

Tocan y salen, marchando, soldados, Clarín y Segismundo, vestido de pieles.

Segismundo: Si este día me viera Roma en los triunfos de su edad primera, ¡oh cuánto se alegrara viendo lograr una ocasión tan rara de tener una fiera que sus grandes ejércitos rigiera, a cuyo altivo aliento fuera poca conquista el firmamento!

Pero el vuelo abatamos, espíritu; no así desvanezcamos aqueste aplauso incierto, si ha de pesarme cuando esté despierto, de haberlo conseguido para haberlo perdido; pues mientras menos fuere, menos se sentirá si se perdiere.

Dentro suena un clarín.

Clarín: En un veloz caballo -perdóname, que fuerza es el pintallo en viniéndome a cuento-, en quien un mapa se dibuja atento, pues el cuerpo es la tierra, el fuego el alma que en el pecho encierra, la espuma el mar, el aire su suspiro, en cuya confusión un caos admiro; pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento, monstruo es de fuego, tierra, mar y viento; de color remendado, rucio, y a su propósito rodado, del que bate la espuela; que en vez de correr, vuela; a tu presencia llega airosa una mujer.

Segismundo: Su luz me ciega.

Clarín: ¡Vive Dios, que es Rosaura!

Vase Clarín.

Segismundo: El cielo a mi presencia la restaura.

Sale Rosaura, con vaquero, espada y daga.

Rosaura: Generoso Segismundo, cuya majestad heroica sale al día de sus hechos de la noche de sus sombras; y como el mayor planeta, que en los brazos de la Aurora se restituye luciente a las flores y a las rosas, y sobre mares y montes, cuando coronado asoma, luz esparce,

rayos brilla, cumbres baña, espumas borda; así amanezcas al mundo, luciente sol de Polonia, que a una mujer infelice, que hoy a tus plantas se arroja, ampares, por ser mujer y desdichada; dos cosas, que para obligar a un hombre que de valiente blasona, cualquiera de las dos basta, de las dos cualquiera sobra.

Tres veces son las que ya me admiras, tres las que ignoras quién soy, pues las tres me has visto en diverso traje y forma. La primera me creíste varón, en la rigurosa prisión, donde fue tu vida de mis desdichas lisonja.

La segunda me admiraste mujer, cuando fue la pompa de tu majestad un sueño, una fantasma, una sombra. La tercera es hoy, que siendo monstruo de una especie y otra, entre galas de mujer, armas de varón me adornan. Y porque, compadecido mejor mi amparo dispongas, es bien que de mis sucesos trágicas fortunas oigas.

De noble madre nací en la corte de Moscovia, que, según fue desdichada, debió de ser muy hermosa.

En ésta puso los ojos un traidor, que no le nombra mi voz por no conocerle, de cuyo valor me informa el mío; pues siendo objeto de su idea, siento agora no haber nacido gentil, para persuadirme, loca, a que fue algún dios de aquellos que en Metamorfosis lloran -lluvia de oro, cisne y toro- Dánae, Leda y Europa.

Cuando pensé que alargaba, citando aleves historias, el discurso, hallé que en él te he dicho en razones pocas que mi madre, persuadida a finezas amorosas, fue, como ninguna, bella, y fue infeliz como todas.

Aquella necia disculpa de fe y palabra de esposa la alcanza tanto, que aun hoy el pensamiento la cobra; habiendo sido un tirano tan Eneas de su Troya, que la dejó hasta la espada. Enváinese aquí su hoja, que yo la desnudaré antes que acabe la historia.

De éste, pues, mal dado nudo que ni ata ni aprisiona, o matrimonio o delito, si bien todo es una cosa, nací yo tan parecida, que fui un retrato, una copia, ya que en la hermosura no, en la dicha y en las obras; y así, no habré menester decir que, poco dichosa, heredera de fortunas, corrí con ella una propia.

Lo más que podré decirte de mí, es el dueño que roba los trofeos de mi honor, los despojos de mi honra. Astolfo... ¡ay de mí!, al nombrarle se encoleriza y se enoja el corazón, propio efecto de que enemigo se nombra.

Astolfo fue el dueño ingrato que, olvidado de las glorias -porque en un pasado amor se olvida hasta la memoria-, vino a Polonia llamado de su conquista famosa, a casarse con Estrella, que fue de mi ocaso antorcha.

¿Quién creerá que habiendo sido una estrella quien conforma dos amantes, sea una Estrella la que los divida agora?

Yo ofendida, yo burlada, quedé triste, quedé loca, quedé muerta, quedé yo, que es decir, que quedó toda la confusión del infierno cifrada en mi Babilonia; y declarándome muda, porque hay penas y congojas que las dicen los afectos mucho mejor que la boca, dije mis penas callando, hasta que una vez a solas, Violante, mi madre, ¡ay cielos!, rompió la prisión, y en tropa del pecho salieron juntas, tropezando unas con otras.

No me embaracé en decirlas; que en sabiendo una persona que, a quien sus flaquezas cuenta, ha sido cómplice en otras, parece que ya le hace la salva y le desahoga; que a veces el mal ejemplo sirve de algo.

En fin, piadosa oyó mis quejas, y quiso consolarme con las propias; juez que ha sido delincuente, ¡qué fácilmente perdona!, y escarmentando en sí misma, y por negar a la ociosa libertad, al tiempo fácil, el

remedio de su honra, no le tuvo en mis desdichas; por mejor consejo toma que le siga, y que le obligue, con finezas prodigiosas, a la deuda de mi honor; y para que a menos cosa fuese, quiso mi fortuna que en traje de hombre me ponga.

Descolgó una antigua espada, que es ésta que ciño.

Agora es tiempo que se desnude, como prometí, la hoja, pues confiada en sus señas, me dijo, "Parte a Polonia, y procura que te vean ese acero que te adorna, los más nobles; que en alguno podrá ser que hallen piadosa acogida tus fortunas, y consuelo tus congojas." Llegué a Polonia, en efecto; pasemos, pues que no importa el decirlo, y ya se sabe, que un bruto que se desboca me llevó a tu cueva, adonde tú de mirarme te asombras.

Pasemos que allí Clotaldo de mi parte se apasiona, que pide mi vida al rey, que el rey mi vida le otorga, que, informado de quién soy, me persuade a que me ponga mi propio traje, y que sirva a Estrella, donde ingeniosa estorbé el amor de Astolfo y el ser Estrella su esposa.

Pasemos que aquí me viste otra vez confuso, y otra con el traje de mujer confundiste entrambas formas; y vamos a que Clotaldo, persuadido a que le importa que se casen y que reinen Astolfo y Estrella hermosa, contra mi honor me aconseja que la pretensión deponga.

Yo, viendo que tú, ¡oh valiente Segismundo!, a quien hoy toca la venganza, pues el cielo quiere que la cárcel rompas de esa rústica prisión, donde ha sido tu persona al sentimiento una fiera, al sufrimiento una roca, las armas contra tu patria y contra tu padre tomas, vengo a ayudarte, mezclando entre las galas costosas de Diana, los arneses de Palas, vistiendo agora, ya la tela y ya el acero, que entrambos juntos me adornan.

Ea, pues, fuerte caudillo, a los dos juntos importa impedir y deshacer estas concertadas bodas: a mí, porque no se case el que mi esposo se nombra, y a ti, porque estando juntos sus dos estados, no pongan con más poder y más fuerza en duda nuestra victoria.

Mujer, vengo a persuadirte al remedio de mi honra; y varón, vengo a alentarte a que cobres tu corona. Mujer, vengo a enternecerte cuando a tus plantas me ponga, y varón, vengo a servirte cuando a tus gentes socorra.

Mujer, vengo a que me valgas en mi agravio y mi congoja, y varón, vengo a valerte con mi acero y mi persona.

Y así, piensa que si hoy como a mujer me enamoras, como varón te daré la muerte en defensa honrosa de mi honor; porque he de ser, en su conquista amorosa, mujer para darte quejas, varón para ganar honras.

Segismundo: (Cielos, si es verdad que sueño, suspendedme la memoria, que no es posible que quepan en un sueño tantas cosas. ¡Válgame Dios, quién supiera, o saber salir de todas, o no pensar en ninguna! ¿Quién vio penas tan dudosas:

Si soñé aquella grandeza en que me vi, ¿cómo agora esta mujer me refiere unas señas tan notorias? Luego fue verdad, no sueño; y si fue verdad -que es otra confusión y no menor-, ¿cómo mi vida le nombra sueño?

Pues, ¿tan parecidas a los sueños son las glorias, que las verdaderas son tenidas por mentirosas, y las fingidas por ciertas? ¡Tan poco hay de unas a otras que hay cuestión sobre saber si lo que se ve y se goza es mentira o es verdad!

¿Tan semejante es la copia al original, que hay duda en saber si es ella propia?

Pues si es así, y ha de verse desvanecida entre sombras la grandeza y el poder, la majestad, y la pompa, sepamos aprovechar este rato que nos toca, pues sólo se goza en ella lo que entre sueños se goza.

Rosaura está en mi poder; su hermosura el alma adora; gocemos, pues, la ocasión; el amor las leyes rompa del valor y confianza con que a mis plantas se postra. Esto es sueño; y pues lo es, soñemos dichas agora, que después serán pesares. Mas ¡con mis razones propias vuelvo a convencerme a mí!

Si es sueño, si es vanagloria, ¿quién por vanagloria humana pierde una divina gloria? ¿Qué pasado bien no es sueño? ¿Quién tuvo dichas heroicas que entre sí no diga, cuando las revuelve en su memoria:

"sin duda que fue soñado cuanto vi?" Pues si esto toca mi desengaño, si sé que es el gusto llama hermosa, que la convierte en cenizas cualquiera viento que sopla, acudamos a lo eterno; que es la fama vividora donde ni duermen las dichas, ni las grandezas reposan.

Rosaura está sin honor; más a un príncipe le toca el dar honor que quitarle. ¡Vive Dios!, que de su honra he de ser conquistador, antes que de mi corona. Huyamos de la ocasión, que es muy fuerte.

A un soldado ¡Al arma toca que hoy he de dar la batalla, antes que a las negras sombras sepulten los rayos de oro entre verdinegras ondas.

Rosaura: ¡Señor! ¿Pues así te ausentas? ¿Pues ni una palabra sola no te debe mi cuidado, ni merece mi congoja? ¿Cómo es posible, señor, que ni me miras ni oigas? ¿Aun no me vuelves el rostro?

Segismundo: Rosaura, al honor le importa, por ser piadoso contigo, ser cruel contigo agora.

No te responde mi voz, porque mi honor te responda; no te hablo, porque quiero que te hablen por mí mis obras; ni te miro, porque es

fuerza, en pena tan rigurosa, que no mire tu hermosura quien ha de mirar tu honra.

Vase Segismundo.

Rosaura: ¿Qué enigmas, cielos, son éstas? Después de tanto pesar, ¡aun me queda que dudar con equívocas respuestas!

Sale Clarín.

Clarín: ¿Señora, es hora de verte?

Rosaura: ¡Ay, Clarín! ¿Dónde has estado?

Clarín: En una torre encerrado brujuleando mi muerte, si me da, o no me da; y a figura que me diera pasante quínola fuera mi vida; que estuve ya para dar un estallido.

Rosaura: ¿Por qué?

Clarín: Porque sé el secreto de quién eres, y en efeto,

Dentro cajas.

Clotaldo: ¿Pero qué ruido es éste?

Rosaura: ¿Qué puede ser?

Clarín: Que del palacio sitiado sale un escuadrón armado a resistir y vencer el del fiero Segismundo.

Rosaura: ¿Pues cómo cobarde estoy, y ya a su lado no soy un escándalo del mundo, cuando ya tanta crueldad cierra sin orden ni ley?

Vase Rosaura. Hablan dentro.

Unos: ¡Vive nuestro invicto rey!

Otros: ¡Viva nuestra libertad!

Clarín: ¡La libertad y el rey vivan! Vivan muy enhorabuena; que a mí nada me da pena como en cuenta me reciban, que yo, apartado

este día en tan grande confusión, haga el papel de Nerón, que de nada se dolía.

Si bien me quiero doler de algo, y ha de ser de mí; escondido desde aquí toda la fiesta he de ver. El sitio es oculto y fuerte entre estas peñas. Pues ya la muerte no me hallará, ¡dos higas para la muerte!

Escóndese, suena ruido de armas. Salen el rey Basilio, Clotaldo y Astolfo huyendo.

Basilio: ¿Hay más infelice rey? ¿Hay padre más perseguido?

Clotaldo: Ya tu ejército vencido baja sin tino ni ley.

Astolfo: Los traidores vencedores quedan.

Basilio: En batallas tales los que vencen son leales, los vencidos, los traidores. Huyamos, Clotaldo, pues, del cruel, del inhumano rigor de un hijo tirano.

Disparan dentro y cae Clarín, herido, de donde está.

Clarín: ¡Válgame el cielo!

Astolfo: ¿Quién es este infelice soldado, que a nuestros pies ha caído en sangre todo teñido?

Clarín: Soy un hombre desdichado, que por quererme guardar de la muerte, la busqué. Huyendo de ella, topé con ella, pues no hay lugar para la muerte secreto; de donde claro se arguye que quien más su efecto huye, es quien se llega a su efeto.

Por eso tornad, tornad a la lid sangrienta luego; que entre las armas y el fuego hay mayor seguridad que en el monte más guardado; que no hay seguro camino a la fuerza del destino y a la inclemencia del hado; y así, aunque a libraros vais de la muerte con huír.

¡Mirad que vais a morir, si está de Dios que muráis!

Cae dentro.

Basilio: "¡Mirad que vais a morir si está de Dios que muráis!" Qué bien, ¡ay cielos!, persuade nuestro error, nuestra ignorancia a mayor conocimiento este cadáver que habla por la boca de una herida siendo el humor que desata sangrienta lengua que enseña que son diligencias vanas del hombre cuantas dispone contra mayor fuerza y causa!

Pues yo, por librar de muertes y sediciones mi patria, vine a entregarle a los mismos de quien pretendí librarla.

Clotaldo: Aunque el hado, señor, sabe todos los caminos, y halla a quien busca entre lo espeso de las peñas, no es cristiana determinación decir que no hay reparo a su saña.

Sí hay, que el prudente varón victoria del hado alcanza; y si no estás reservado de la pena y la desgracia, haz por donde te reserves.

Astolfo: Clotaldo, señor, te habla como prudente varón que madura edad alcanza; yo, como joven valiente. Entre las espesas ramas de ese monte está un caballo, veloz aborto del aura; huye en él, que yo entretanto te guardaré las espaldas.

Basilio: Si está de Dios que yo muera, o si la muerte me aguarda aquí, hoy la quiero buscar, esperando cara a cara.

Tocan al arma y sale Segismundo y toda compañía.

Segismundo: En lo intricado del monte, entre sus espesas ramas, el rey se esconde. ¡Seguidle! No quede en sus cumbres planta que no examine el cuidado, tronco a tronco, y rama a rama.

Clotaldo: ¡Huye, señor!

Basilio: ¿Para qué?

Astolfo: ¿Qué intentas?

Basilio: Astolfo, aparta.

Clotaldo: ¿Qué quieres?

Basilio: Hacer, Clotaldo, un remedio que me falta.

A Segismundo.

Basilio: Si a mí buscándome vas, ya estoy, príncipe, a tus plantas. Sea de ellas blanca alfombra esta nieve de mis canas.

Pisa mi cerviz y huella mi corona; postra, arrastra mi decoro y mi respeto; toma de mi honor venganza, sírvete de mí cautivo; y tras prevenciones tantas, cumpla el hado su homenaje, cumpla el cielo su palabra.

Segismundo: Corte ilustre de Polonia, que de admiraciones tantas sois testigos, atended, que vuestro príncipe os habla.

Lo que está determinado del cielo, y en azul tabla Dios con el dedo escribió, de quien son cifras y estampas tantos papeles azules que adornan letras doradas; nunca engañan, nunca mienten, porque quien miente y engaña es quien, para usar mal de ellas, las penetra y las alcanza.

Mi padre, que está presente, por excusarse a la saña de mi condición, me hizo un bruto, una fiera humana; de suerte que, cuando yo por mi nobleza gallarda, por mi sangre generosa, por mi condición bizarra hubiera nacido dócil y humilde, sólo bastara tal género de vivir, tal linaje de crianza, a hacer fieras mis costumbres;

¡qué buen modo de estorbarlas! Si a cualquier hombre dijesen "Alguna fiera inhumana te dará muerte," ¿escogiera buen remedio en despertallas cuando estuviesen durmiendo? Si dijeras: "Esta espada que traes ceñida, ha de ser quien te dé la muerte," vana diligencia de evitarlo fuera entonces desnudarla, y ponérsela a los pechos. Si dijesen:

"Golfos de agua han de ser tu sepultura en monumentos de plata," mal hiciera en darse al mar, cuando, soberbio, levanta rizados montes de nieve, de cristal crespas montañas.

Lo mismo le ha sucedido que a quien, porque le amenaza una fiera, la despierta; que a quien, temiendo una espada la desnuda; y que a quien mueve las ondas de la borrasca.

Y cuando fuera -escuchadme- dormida fiera mi saña, templada espada mi furia, mi rigor quieta bonanza, la Fortuna no se vence con injusticia y venganza, porque antes se incita más; y así, quien vencer aguarda a su fortuna, ha de ser con prudencia y con templanza.

No antes de venir el daño se reserva ni se guarda quien le previene; que aunque puede humilde -cosa es clara- reservarse de él, no es sino después que se halla en la ocasión, porque aquésta no hay camino de estorbarla.

Sirva de ejemplo este raro espectáculo, esta extraña admiración, este horror, este prodigio; pues nada es más, que llegar a ver con prevenciones tan varias, rendido a mis pies a mi padre y atropellado a un monarca. Sentencia del cielo fue; por más que quiso estorbarla él, no pudo;

¿y podré yo que soy menor en las canas, en el valor y en la ciencia, vencerla? Señor, levanta. Dame tu mano, que ya que el cielo te desengaña de que has errado en el modo de vencerle, humilde aguarda mi cuello a que tú te vengues; rendido estoy a tus plantas.

Basilio: Hijo, que tan noble acción otra vez en mis entrañas te engendra, príncipe eres. A ti el laurel y la palma se te deben; tú venciste; corónente tus hazañas.

Todos: ¡Viva Segismundo, viva!

Segismundo: Pues que ya vencer aguarda mi valor grandes victorias, hoy ha de ser la más alta vencerme a mí. -Astolfo dé la mano luego a Rosaura, pues sabe que de su honor es deuda, y yo he de cobrarla.

Astolfo: Aunque es verdad que la debo obligaciones, repara que ella no sabe quién es; y es bajeza y es infamia casarme yo con mujer...

Clotaldo: No prosigas, tente, aguarda; porque Rosaura es tan noble como tú, Astolfo, y mi espada lo defenderá en el campo; que es mi hija, y esto basta.

Astolfo: ¿Qué dices?

Clotaldo: Que yo hasta verla casada, noble y honrada, no la quise descubrir. La historia de esto es muy larga; pero, en fin, es hija mía.

Astolfo: Pues, siendo así, mi palabra cumpliré.

Segismundo: Pues, porque Estrella no quede desconsolada, viendo que príncipe pierde de tanto valor y fama, de mi propia mano yo con esposo he de casarla que en méritos y fortuna si no le excede, le iguala. Dame la mano.

Estrella: Yo gano en merecer dicha tanta.

Segismundo: A Clotaldo, que leal sirvió a mi padre, le aguardan mis brazos, con las mercedes que él pidiere que le haga.

Soldado primero: Si así a quien no te ha servido honras, ¿a mí, que fui causa del alboroto del reino, y de la torre en que estabas te saqué, qué me darás?

Segismundo: La torre; y porque no salgas de ella nunca, hasta morir has de estar allí con guardas; que el traidor no es menester siendo la traición pasada.

Basilio: Tu ingenio a todos admira.

Astolfo: ¡Qué condición tan mudada!

Rosaura: ¡Qué discreto y qué prudente!

Segismundo: ¿Qué os admira? ¿Qué os espanta, si fue mi maestro un sueño, y estoy temiendo, en mis ansias, que he de despertar y ha-

llarme otra vez en mi cerrada prisión?

Y cuando no sea, el soñarlo sólo basta; pues así llegué a saber que toda la dicha humana, en fin, pasa como sueño, y quiero hoy aprovecharla el tiempo que me durare, pidiendo de nuestras faltas perdón, pues de pechos nobles es tan propio el perdonarlas.